

## ***El niño que trabaja en una ciudad del interior de la Argentina. Experiencias y voces infantiles (Córdoba, 1927)\****

### *The working child in a city in the interior of Argentina. Children's experiences and voices (Córdoba, 1927)*

### *A criança que trabalha em uma cidade do interior da Argentina. Experiências e vozes infantis (Córdoba, 1927)*

---

**Fernando J. Remedi<sup>1</sup>**

<sup>1</sup> Doctor en Historia, Universidad Católica de Córdoba, Argentina. Investigador Categoría Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Instituto de Estudios Históricos (IEH). Profesor adjunto a la Universidad Nacional de Córdoba, Escuela de Historia. Correo electrónico: fjremedi@gmail.com **Código ORCID:** <https://orcid.org/0000-0002-3649-2284>

**Fecha de postulación:** 18/07/2023

**Fecha de aceptación:** 08/02/2024



---

**Referencia bibliográfica para citar este artículo:** Remedi, Fernando. «El niño que trabaja en una ciudad del interior de la Argentina. Experiencias y voces infantiles (Córdoba, 1927)». *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 30.2 (2025): pp. 187-218  
DOI: <https://doi.org/10.18273/revanu.v30n2-2025007>

---

## **Resumen**

Este trabajo se acerca a los niños trabajadores en Córdoba (Argentina) en el contexto de una economía urbana en crecimiento, a partir de una fuente extraordinaria que los hace visibles y permite restituir algo de sus voces. Se trata de una serie de notas publicadas en 1927 en un semanario infantil de un periódico local, que ponía en evidencia la realidad del trabajo de los niños apelando a algo muy poco común como fue la entrevista realizada a ellos. Este artículo prolonga un avance previo que se concentró sobre el tipo de trabajo, las trayectorias y las aspiraciones laborales de esos infantes. Ahora se recrea parte de sus experiencias como niños trabajadores— acceso a la educación, situación familiar, aporte infantil a su supervivencia— y también más allá del mundo laboral, considerándolos como *pequeños* actores que contribuyeron a la construcción de la sociedad de la época.

## **Palabras clave**

**Tesouro:** Educación; ocio.

**Autor:** Trabajo infantil; experiencias infantiles; mercado de trabajo.

## **Abstract**

*This article addresses working children in Córdoba (Argentina) in the context of a growing urban economy, based on an extraordinary source that brings them to light and restores some of their voices: a serie of news pieces published in 1927 in a children's weekly of a local paper. These brought to light the reality of children's work using the rather unusual approach of interviewing them. This article continues previous research on these infants' type of labour, trajectories, and work aspirations. Now, part of their experiences as child workers —access to education, family situation, child contribution to their survival— are recreated, and it goes beyond the labour world, considering them as little actors who contributed to shaping the society of the time.*

## **Keywords**

**Thesaurus:** Education; leisure

**Author:** Child labour; child experiences; labour market.

## **Resumo**

*Este trabalho aproxima-se às crianças trabalhadoras em Córdoba (Argentina) no contexto de uma economia urbana em crescimento, a partir de uma fonte extraordinária que as visibiliza e permite restituir uma parte de suas vozes. Trata-se de uma série de notas publicadas em 1927 em um semanário infantil de um jornal local, que evidenciava a realidade do trabalho das crianças apelando a algo muito pouco comum como foram as entrevistas a elas. Este artigo detalha sobre uma aproximação anterior, focalizada no tipo de trabalho, nas trajetórias e nas aspirações laborais das crianças. Agora, recria-se uma parte de suas experiências como crianças trabalhadoras —acesso à educação, situação familiar, aportes infantis à sua supervivência— e, também, além do mundo laboral, considerando-as como pequenos atores que contribuíram à construção da sociedade da época.*

## **Palavras chave**

**Tesouro:** Educação; ócio.

**Autor:** Trabalho infantil; experiências infantis; mercado de trabalho.

---

\* Este trabajo forma parte del proyecto colectivo «Producción y reproducción de la desigualdad social en clave diacrónica. Pasado, presente y futuro de un fenómeno persistente», Proyecto de Unidades Ejecutoras (P-UE 2018), financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la Argentina, y del proyecto personal «El mundo de los pobres en el marco del crecimiento económico y la modernización (Córdoba, 1870-1930)», CONICET.

## 1. Introducción

En la ciudad de Córdoba (Argentina), en el interior de la selecta Confitería Oriental, se encontraba, separados apenas por un muro, la cuadra donde Higinio Rosales, de 14 años, aportaba su concurso como ayudante y acomodaba bandejas de masas y pasteles; del otro, en el elegante salón, la clientela departía alegremente e ingería los refinados productos del establecimiento, despreocupada de su origen. La desigualdad social se manifestaba dentro del local y se revelaba en la distribución de las personas, los espacios y las actividades. La distancia física suponía distanciamiento social. Ella era solo una expresión concreta de una desigualdad mayor, que arrinconaba contra las cuerdas de la necesidad a Higinio —y a muchos otros niños como él— y lo impelía a trabajar para sobrevivir.

Higinio, como niño trabajador, exhibe a escala humana e individual algunas de las experiencias que los sectores populares tuvieron de las grandes transformaciones en curso en la ciudad de Córdoba en el giro del siglo XIX al XX. El crecimiento económico, la modernización material y social, la urbanización, la expansión demográfica, entre otros, fueron procesos acompañados de una generalización de necesidades básicas insatisfechas y situaciones de vulnerabilidad y exclusión que afectaban a la población y a la niñez en particular. Una expresión de las asimetrías estructurales que atravesaron la modernización capitalista de la época fue la inserción en el mercado laboral de niños y niñas de los sectores populares.

Esos menudos trabajadores aún hoy se ubican en los márgenes de la historia social del trabajo en la Argentina.<sup>1</sup> Promediando la década anterior, Suriano reiteraba que subsistía una «relativa marginación» del trabajo infantil como objeto de estudio historiográfico en ese país, pese al mayor interés por él que decía

---

<sup>1</sup> La historia del trabajo infantil tiene escaso desarrollo en el país, desde los antecedentes señeros de Suriano, Pagani y Alcaraz y Ciafardo a inicios del decenio de 1990 hasta los aportes más recientes de Mases, Aversa, Paz Trueba, Allemandi, Scheinkman y Moretti. Véanse: Suriano, Juan. «Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos de siglo», en Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular* (Buenos Aires: Sudamericana, 1990) 251-279; Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria. *Mercado laboral del menor (1900-1940)* (Buenos Aires: CEAL, 1991); Ciafardo, Eduardo. *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*, (Buenos Aires: CEAL, 1992); Suriano, Juan. «El trabajo infantil», en Torrado, Susana (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, t. II (Buenos Aires: Edhasa, 2007) 353-382; Rustán, María E. y Carbonetti, Adrián. «Trabajo infantil en contextos urbanos de la Argentina. El caso de Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo XX», en *Cuadernos de Historia, Serie Población* 2 (2000): 163-185; Mases, Enrique. «El trabajo infantil en la Argentina 1900-1945. Miradas contradictorias y políticas controversiales», en *Estudios Sociales* 45 (2013): 131-166; Mases, Enrique. *El mundo de la niñez rural patagónica* (Buenos Aires: Prometeo, 2022); Aversa, María Marta. ««Un mundo de gente menuda». El trabajo infantil tutelado, ciudad de Buenos Aires, 1870-1920» (Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, 2015); De Paz Trueba, Yolanda. «El trabajo infantil en el centro y sur de la provincia de Buenos Aires. Niñas y niños a fines del siglo diecinueve y principios del veinte», en *Revista Mundos do Trabalho*, 6.12 (2014): 177-195; Allemandi, Cecilia. *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)* (Buenos Aires: Teseo, 2017); Scheinkman, Ludmila. *La fábrica de chocolate. Trabajo, género y edad en la industria del dulce, Buenos Aires 1900-1943* (Mar del Plata: EUEM, 2021); Moretti, Nicolás. «*Infancia y cuestión social: El proyecto salesiano en la modernidad liberal. Actores, prácticas y representaciones. Córdoba, 1905-1930*», (Tesis doctoral), Universidad Nacional de Córdoba, 2020.

percibir en los últimos tiempos.<sup>2</sup> Desde sus orígenes, la historia del trabajo se había centrado en los sujetos adultos para comprender el funcionamiento del mercado laboral o las luchas obreras; primero los varones, a los cuales se sumaron luego las mujeres gracias a la perspectiva de género, pero siempre se trató de personas adultas.<sup>3</sup> En este contexto, la historiografía argentina sobre el trabajo infantil en las primeras décadas del siglo XX, período que convoca nuestra atención, exhibe adelantos algo limitados, desde varios puntos de vista. Espacial, porque la amplia mayoría de las investigaciones se concentra sobre la ciudad de Buenos Aires y casi nada hay para el enorme y diverso territorio restante de la Argentina.<sup>4</sup> Sectorial, porque aquellas focalizaron casi exclusivamente sobre el trabajo industrial, unos oficios callejeros y, más recientemente, el servicio doméstico. Temático, porque se apuntó prioritariamente a un análisis cuantitativo de la participación infantil en las actividades apuntadas y, más aún, a los desarrollos de las regulaciones estatales en la materia. Pese a los meritorios avances, subsiste el desafío de extender y ahondar el saber sobre el trabajo infantil —condiciones y trayectorias laborales, edades y vías de inserción en el mercado, participación en luchas reivindicativas, etc.,— y de alcanzar un acercamiento más logrado a las experiencias —siempre elusivas— de niños/as en el mundo laboral y fuera de él.

En este sentido, este trabajo aspira a concretar una aproximación modesta y parcial a las experiencias de los niños trabajadores en la ciudad de Córdoba más allá del mundo laboral. Se recurre a un examen minucioso de una serie de notas aparecidas en un semanario infantil en 1927, las cuales revelaban la realidad local del trabajo de los niños, apelando a la entrevista realizada a ellos en su lugar de labor. Esta fuente extraordinaria contribuye a dar visibilidad para nosotros en tanto historiadores —la tenía para los contemporáneos— a los niños trabajadores de la época, a la vez que permite algo bastante inusual como es la posibilidad de restituir sus voces. En base a esa fuente ya se avanzó sobre las experiencias de esos niños en el mundo laboral —ocupaciones, trayectorias, pensamientos y deseos sobre su trabajo—.<sup>5</sup> Sin abandonar por completo el mundo laboral, aquí se pretende trascenderlo y deslizar un tanto la atención hacia otros espacios de la cotidianidad y las experiencias infantiles de esos pequeños trabajadores, intentando conocer acerca de su situación familiar y su contribución a su supervivencia, su acceso a la educación y sus prácticas de ocio, focalizando la mirada sobre el niño.

---

<sup>2</sup> Suriano, Juan. «El trabajo infantil en la historiografía y ciencias sociales argentinas», en *Cuadernos del IDES*, 30 (2015): 39.

<sup>3</sup> Aversa, María Marta. «Un mundo...», 9.

<sup>4</sup> Entre las pocas excepciones destacan: De Paz Trueba para un par de localidades bonaerenses, Rustán y Carbonetti, Moretti y Remedi para la ciudad de Córdoba y Mases para el espacio patagónico. Véase: De Paz Trueba, Yolanda. «El trabajo infantil...»; Rustán, María E. y Carbonetti, Adrián. «Trabajo...»; Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión...;* Mases, Enrique. *El mundo...;* Remedi, Fernando J. «El suave eco de la voz de los niños trabajadores en el interior de la Argentina. Experiencias infantiles en el mundo del trabajo urbano (Córdoba, segunda mitad de los años '20)», en *Estudios del ISHiR*, 12.32 (2022): 1-28.

<sup>5</sup> Remedi, Fernando J. «El suave eco...».

## 2. La fuente histórica: prensa, infancias y mundo del trabajo

Este artículo se basa en un análisis exhaustivo y minucioso de 12 notas periodísticas publicadas entre el 30 de enero y el 15 de mayo de 1927 en el semanario infantil dominical «El País de los niños» (*EPN*), del periódico *El País* (*EP*), de la ciudad de Córdoba. Este diario matinal se fundó en abril de 1926, durante la administración provincial de Ramón J. Cárcano —gobernador electo por el Partido Demócrata de Córdoba—, y fue editado por la Sociedad Anónima El País, encabezada por Miguel Ángel Cárcano, hijo del mandatario aludido. El periódico se erigió en vocero de las ideas de un sector prestigioso y de fuerte gravitación de las fuerzas políticas conservadoras de aspiraciones modernizantes de la provincia de Córdoba. Aspiraba —en parte— a servir a los intereses partidarios y electorales de dicha fuerza por entonces gobernante. Su discurso era de nítida ideología conservadora —se autodefinió como de «posición ideológica reconocida»<sup>6</sup>— y estaba teñido de visibles tintes nacionalistas; no obstante, sus páginas estaban abiertas a la colaboración de periodistas, escritores, médicos, juristas, educacionistas, dirigentes políticos y partidarios de un variado espectro de ideas.

Desde el inicio, los promotores del nuevo proyecto periodístico pretendieron instalarlo con un lugar propio y destacado en la ciudad y la provincia de Córdoba, objetivo que estimaban alcanzado en un discurso auto celebratorio publicado al cumplirse el quinto aniversario de *EP*. Además, se subrayó la aspiración de convertirlo en un diario nacional —por el perfil de la publicación y los alcances de su cobertura de noticias y de su llegada—, al igual que los grandes periódicos editados en Buenos Aires, pero con el loable mérito de ser producido en una provincia del interior argentino. Sus autoridades lo definieron como «El Único Diario Nacional del Interior», que incluso instaló una agencia en la capital del país.

En ese sentido, *EP* fue presentado como una expresión más del movimiento en curso de modernización de la prensa nacional y local de los años 1920, punto sobre el cual se enfatizó recurrentemente desde sus páginas. Muestras destacadas de ello eran los avances tecnológicos y técnicos incorporados a la producción del diario, la mirada puesta en lo que el respecto sucedía en el exterior y muy especialmente en los Estados Unidos y la multiplicación rápida de innovadoras secciones para la prensa local con el objetivo de hacerse eco de los intereses y las inquietudes crecientes y diferenciadas del público lector. Como parte de esta expansión de contenidos, vinculándola de modo directo con la modernización de la prensa y con la mirada puesta en el norte del continente americano, incorporó una sección de historietas y caricaturas de ilustradores extranjeros y locales. Al cumplirse un año de la aparición del diario, en sus páginas se celebraba el acontecimiento subrayando su carácter moderno, visible entre otras cosas en su sección de historietas, cuando se expresaba:

---

<sup>6</sup> ««El País». Entró hoy en el 5º año de vida», *EP*, 3 de abril de 1930 p. 3.

La aparición de EL PAIS marca nuevos rumbos a la prensa de Córdoba. o podía presentar el ropaje antiguo de las antiguas publicaciones. Y es desde el primer día que el diario ofreció un capítulo nuevo en el diarismo de esta ciudad. Tal lo relativo a las historietas, naderías y caricaturas que, en forma sistemática, con un plan previamente estudiado van apareciendo [...] la sección 'features', toda una institución en los grandes rotativos mundiales es hoy por hoy lo más solicitado por los públicos de todos los idiomas. Especialmente los diarios norteamericanos dan una preferencia extraordinaria a esta sección [...] <sup>7</sup>.

Una de esas innovaciones de secciones y contenidos fue la publicación del suplemento infantil *EPN*. Este, junto con la fundación del denominado Club del Niño, tenían el propósito declarado de contribuir al desarrollo de la infancia. El 17 de noviembre de 1926 se constituyó dicha asociación bajo los auspicios de EP, concebida como una «institución de solidaridad y educación infantil», integrada por niños/as de entre 5 y 14 años. <sup>8</sup> Según el diario, «el «leit motiv» de la creación del Club había sido «jugar, reír, educar el cuerpo, pulir el espíritu, alegría que ilumine todos los corazones e inunde de esperanzas a los pequeñuelos». <sup>9</sup> La iniciativa colocaba en el centro de interés al niño, aspirando al desarrollo de su personalidad y de su capacidad de gestión de lo social mediante una educación al efecto, producto de la propia experiencia individual y colectiva del pequeño. El Club «tendía a ejercitar, en una forma libre y espontánea, la personalidad del niño entregándole ante todo como campo de experimentación una sociedad formada por él mismo, sostenida por sus entusiasmos y sus sentimientos cada vez más despiertos». <sup>10</sup> En este sentido, la flamante organización se había constituido a partir de una asamblea de alumnos de las escuelas primarias de la ciudad convocados al efecto, seleccionados por sus maestros entre los mejores de cada establecimiento. Por sus cualidades reveladas en el rendimiento escolar, ellos asumirían la dirección del Club, «ya que los méritos adquiridos en la labor diaria del aula significaban la constatación de méritos y eficacia». <sup>11</sup> Aun así, la educacionista Aurora Moreno se hizo cargo de la secretaría general. Se trataba de «el más saludable ensayo de solidarismo infantil». <sup>12</sup>

Como complemento del Club se publicó *EPN* entre el 23 de enero y el 15 de mayo de 1927. <sup>13</sup> Así se concebía que se ampliaban las posibilidades de dicha asociación, porque ahora los niños tendrían la oportunidad de colaborar con escritos de su autoría y, de este modo, «ir desarrollando sus facultades de imaginación y de formar su personalidad en las letras». <sup>14</sup> El suplemento aspiraba a ser «el diario de

---

<sup>7</sup> «Una sección que tiene éxito: la de historietas», *EP*, 3 de abril de 1927: 14.

<sup>8</sup> «El Club del Niño», *EP*, 29 de noviembre de 1926,: 5.

<sup>9</sup> «Club del Niño», *EP*, 1 de enero de 1927: 12.

<sup>10</sup> «El niño que trabaja», *EP*, 3 de abril de 1927: 8. Cursiva de la investigación.

<sup>11</sup> «Club del Niño», *EP*, 1 de enero de 1927: 12.

<sup>12</sup> «El niño...», *EP*, 3 de abril de 1927: 18.

<sup>13</sup> En el periódico no se halló información que anunciara la aparición y el cese del suplemento. En el rastreo realizado hasta julio de 1927, no se encontró ningún número posterior al 15 de mayo.

<sup>14</sup> «El Club progresista», *EP*, 23 de enero de 1927: 3.

los niños» —a quienes convocó a colaborar activamente—,<sup>15</sup> fue calificado como «órgano preparador de la personalidad intelectual del niño»<sup>16</sup> y deseaba contribuir a que «el niño argentino» fuera «cada día mejor que el anterior».<sup>17</sup> Se autodefinía como producto del «cariño y el interés que El País siente por la infancia» y abría sus páginas a todo aquello que aportara al interés y a la salud moral, intelectual y física de ella. Si bien se declaraba que sus páginas estaban exclusivamente al servicio de los niños, se invitaba también a los adultos a remitir sus colaboraciones, escritas «con un lenguaje al alcance diario» con el fin de que «enseñen al bien de los pequeños».<sup>18</sup> El suplemento tenía un contenido variado, compuesto de colaboraciones literarias de niños/as, entretenimientos —acertijos, adivinanzas, enigmas, pasatiempos—, tiras cómicas —«Los asuntos del papá», «La pandilla alegre», etc.—, informaciones sobre animales exóticos —acompañadas de fotografías alusivas—, sueltos de adultos sobre cuestiones infantiles, noticias breves sobre escolaridad, avisos comerciales de artículos para infantes, además de novedades sobre el Club del Niño. Con frecuencia publicó escritos de niños donde se abordaban temas vinculados a sus inquietudes y, también, a las de la sociedad en su conjunto.

El suplemento publicó las notas que son la base de este trabajo bajo el título «El niño que trabaja», el cual define con claridad el sujeto de atención. Se concentra en el infante (masculino) que trabaja, no así sobre su faena como realidad económica o social u objeto de preocupación política o de reflexión sociológica, como era frecuente en la prensa, crecientemente sensibilizada respecto de la cuestión. Ese sujeto infantil, nominado, se ubica en el primer plano de esas notas donde, en la inicial, se expresaba que su propósito era «la presentación de *uno de los centenares de niños que trabajan. Un niño* que desde corta edad conoce el honroso esfuerzo que exige la lucha por la vida».<sup>19</sup>

Desvelar el propósito de esas notas no es fácil, porque el suplemento brinda pocos elementos de juicio, apenas unas consideraciones en un breve artículo sobre la serie, publicado cuando estaba muy avanzada. Allí se enunciaba explícita, escueta y poco precisamente lo que parecía ser su objetivo: «al estampar en sus columnas las tiernas historias de los niños obreros [...] hace de esas notas cátedra de humana solidaridad y estimula y alienta a los chicos para proseguir fuertes y sin desmayos en la senda que el destino les ha trazado».<sup>20</sup> A la luz de otras breves consideraciones incluidas en el artículo y del contenido de la serie, esa «humana solidaridad» apuntaría

---

<sup>15</sup> En su primera edición expresaba: «pueden desde ya dirigir, por escrito, cualquier pedido de informe sobre cualquier asunto que les interese [...] será muy bien recibido por el diario de los niños [...] Hoy, que muchos niños están en el campo pasando las vacaciones, los invitamos a que escriban a nuestro diario, refiriéndonos lo que vean, contándonos, en fin, las impresiones, las emociones etc., que han recibido como también cualquier acto digno de merecer el aplauso o premio» («Lo que interese a la niñez cabe en estas páginas», *EPN*, 23 de enero de 1927: 2).

<sup>16</sup> «El niño...», *EP*, 3 de abril de 1927: 18.

<sup>17</sup> «Lo que interese...», *EPN*, 23 de enero de 1927: 2.

<sup>18</sup> «Lo que interese...», *EPN*, 23 de enero de 1927: 2.

<sup>19</sup> «El niño...», *EPN*, 30 de enero de 1927: 2. *Cursiva de la investigación.*

<sup>20</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 18.

al menos a dos sentidos. Por un lado, a promoverla socialmente para con esos niños, en especial en el interior del propio mundo infantil, atravesado por clivajes de clase, género, nacionalidad, etc. y vivencias diversas. La serie quizás contribuiría a acercar a sus lectores/as a experiencias infantiles diferentes —a menudo por mucho— de las propias, a aproximar a sujetos pequeños que transitaban niñeces distintas y distantes.<sup>21</sup> Por otro lado, se dirigiría a caracterizar la actitud del periódico y su semanario, cuando «acogió en sus columnas a ese niño de la humildad», forzado a trabajar para solventar necesidades básicas.

El reportero aceptaba esa realidad de la pobreza —casi sin excepción solapada bajo eufemismos como humildad, modestia, etc.— y dejaba entrever una visión positiva del trabajo de los niños de esa condición, que no era privativa de él, sino que gozaba de difusión social en la época.<sup>22</sup> En su discurso se ensalzaba el empeño, el esfuerzo, el tesón, la voluntad, la responsabilidad con que esos niños enfrentaban la vida, pero sin enfatizar en el drama que se hallaba detrás de su trabajo. En ciertos pasajes revelaba una concepción de esos niños como actores activos constructores de su futuro, aunque parecía que no disfrutaban de muchas opciones, de ahí el apoyo anímico que el semanario pretendía ofrecerles para perseverar en el tránsito de un camino no elegido, impuesto por la pobreza. Quizás por tratarse de una publicación infantil, también por la ideología conservadora del periódico que la editaba, estaba ausente el comentario o la reflexión acerca de las razones últimas de la presencia de esos niños en el mundo laboral, o más en general sobre las bases del orden social vigente.

Por su inserción dentro de un semanario para infantes es natural que los destinatarios de «El niño que trabaja» fueran aquellos que dentro de ellos de algún modo u otro accedían a sus páginas, como se deslizaba en una de las notas: «El reporter se introduce en los talleres de la agencia Ford, en el deseo de dar con algún niño trabajador cuyas manifestaciones *pudieran resultar interesantes para los pequeños lectores de este suplemento*».<sup>23</sup> Dentro de ese público lector potencial, los

---

<sup>21</sup> En ese sentido apuntaron las entrevistas de Elena Fortún publicadas en 1930 en el suplemento infantil *Gente Menuda*, de la revista española *Blanco y Negro*, bajo el título «Un amigo en cada sitio», compuestas de 18 conversaciones con niños reales. Esas entrevistas, según Borrás Llop, hicieron «menos lejanas y más comprensibles dos infancias diferentes y separadas». Borrás Llop, José María. «Introducción», en Fortún, María Elena, *Lo que cuentan los niños. Entrevistas a niños trabajadores (1930-1931)* (España: Renacimiento, 2019) 87. Elena Fortún fue el seudónimo de Encarnación Aragoneses Urquijo, escritora española dedicada a la literatura infantil y juvenil (Fraga, María Jesús. «Prólogo», en Fortún, Elena. *Lo que cuentan...*, 7, 9).

<sup>22</sup> Al menos hasta el primer gobierno peronista en los años 40, como subrayó Suriano, quienes mostraron mayor convicción en torno a la necesidad de prohibir y reglamentar el trabajo infantil fueron las tendencias vinculadas al movimiento obrero, apelando a argumentos sobre su interferencia con la escolaridad y las actividades lúdicas de la niñez, su impacto en la salud y la degeneración de la raza, la competencia con los trabajadores adultos y la baja de los salarios. Anarquistas, socialistas, comunistas y federaciones obreras contribuyeron a poner en locución la cuestión del trabajo infantil; los extremos variaron entre el socialismo —que promovía su reglamentación— y el anarquismo —que defendía su prohibición—. De todos modos, según el mismo autor, el trabajo infantil fue un tema menor en la agenda de las organizaciones obreras, porque «los niños trabajadores nunca fueron percibidos como sujetos de derecho» (Suriano, Juan. «El trabajo infantil», 362-364, 367).

<sup>23</sup> Se está aludiendo a los talleres mecánicos de reparaciones de la agencia de la fábrica de automóviles Ford. «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 5. Cursiva de la investigación.

editores hacían gala de una pretensión universalista, sin distinción de clases o de otro tipo en el interior del mundo infantil: «*El niño que trabaja y todos los niños de Córdoba y del mundo* tienen en la nota que les dedica este diario el reflejo amable del protagonista de relatos de intensidad variable».<sup>24</sup> Los logros alfabetizadores y el costo del diario, así como la aparición en el semanario de cartas y colaboraciones escritas por niños, remitidas a un diario conservador, podrían llevar a inferir que los destinatarios eran los sectores acomodados y medios. Aun así, algún indicio permite matizar la inferencia y especular sobre un espectro social más amplio que accedía a *EPN*. Fernando Beltrán, uno de los entrevistados, aludió a su lectura y lo refirió con simpatía y afecto como «el paisito».<sup>25</sup>

Cada entrega de «El niño que trabaja» consideró el caso de un infante, cuya fotografía acompañaba. Ignoramos el criterio utilizado por el reportero para elegir a los entrevistados. Al menos en los 3 primeros casos de la serie los lugares de trabajo de los niños se hallaban muy próximos a las oficinas de la dirección de *EP*. De las 12 notas, según el tipo de ocupación o sector de actividad, 8 remiten a los servicios en sentido amplio y las 4 restantes a talleres. Entre los primeros se cuentan un fotógrafo (José Ramírez), un dependiente de tienda de telas (Alfredo Rodolfi) y otro de una panadería (Fernando Rando), un empleado en una casa de alfajores (Ramón Fernández), un ayudante de mozo en un bar-café (Alfredo Morán) y otro de cuadra en una confitería (Higinio Rosales), un lustrabotas callejero (Rafael Edmundo Cortés) y un vendedor ambulante de periódicos (Ernesto Romero). Dentro del segundo grupo se incluyen un aprendiz de mecánica en una armería (José Palacios), otro en un taller de herrería (Joaquín Vásquez), un fabricante de cajas de cartón para sombreros (Martín Heredia) y un ayudante de oficial en un taller mecánico de la agencia Ford (Francisco Beltrán).

Esa distribución entre sectores productivos es representativa de la estructura económica de la ciudad de Córdoba, marcada a grandes trazos por una amplia presencia de los servicios en general—el comercio en especial y los prestados en la vía pública—y una actividad secundaria concentrada en pequeños y medianos talleres, junto a unos pocos establecimientos industriales de envergadura. Pese a su representatividad, las ocupaciones contempladas en las notas exhiben ausencias notorias, como las desarrolladas en las unidades de mayor tamaño —fábricas de calzado, galletitas, pastas, etc.—, en el domicilio —zapatos, vestimenta— y, muy especialmente, en el servicio doméstico. Estos dos últimos sectores involucraban a un gran número de menores de ambos sexos, mayoritariamente del femenino, lo cual ayuda a explicar la ausencia e invisibilización de las niñas trabajadoras dentro de las entrevistas.

Las notas exhiben un formato un tanto variado. A veces es claramente una entrevista a un niño, otras se acerca más a una crónica sobre uno de ellos y en algún otro caso está entre ambas. Las 3 notas que inician la serie son más bien crónicas

<sup>24</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 18. Cursiva de la investigación.

<sup>25</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 5. Cursiva de la investigación.

sobre niños que trabajaban; su forma y contenido revelan que fueron entrevistados por el reportero, pero sus voces permanecen silenciadas o apenas audibles por instantes. Las 9 notas siguientes tienen claro formato de entrevista, realizada a los niños en su sitio de labor, y exhiben disímil extensión y riqueza, así como dispar participación activa del entrevistado.

Tratándose de entrevistas —reproducidas luego en un medio gráfico— se asume en ellas la participación activa del periodista en varias instancias —la elaboración de las preguntas y su formulación, la recogida de las respuestas, la selección y edición para su publicación, sus propias opiniones intercaladas— y con diversa intensidad, teniendo en cuenta lo ya observado sobre las variadas actitudes de los niños. En la entrevista se parte de un acto oral, pero luego el entrevistador debe dar forma a ese diálogo que los lectores van a conocer de modo escrito.<sup>26</sup> Este en su mediación selecciona y difunde con atención a un lector particular imaginado, en este caso fundamentalmente infantil. En este sentido, pretendía contar «historias simpáticas» sobre su trabajo, de ahí también el formato elegido en vez de los acostumbrados sueltos periodísticos sobre ese tópico abordado desde la noticia, el comentario o la reflexión económica, sociológica o política. En las páginas del semanario convergieron infancias dispares, de clases sociales distintas —los sectores acomodados y medios y los populares—, lo cual se materializó incluso en su dimensión gráfica por la coexistencia de las fotografías de los niños trabajadores y las de sus semejantes y las niñas regularmente escolarizados/as que enviaban sus composiciones para su publicación. Quizás aquí podría extrapolarse válidamente lo observado por Zapiola para la revista *Mundo Infantil* de mediados del siglo XX, en el sentido de que ella oscilaba entre su interpelación a un lector hegemónico —construido a partir de representaciones de infantes blancos, escolarizados, bien vestidos, consumidores, con bastante tiempo libre para jugar— y su intención de empatizar con sus pares de la clase obrera y dignificar sus experiencias.<sup>27</sup>

En suma, en las entrevistas hay una polifonía de voces, incluidas las de los niños trabajadores protagonistas de las notas, aun con la insalvable mediación del reportero (y del periódico) que nos acercan a ellas. En más de una ocasión, a lo largo de este artículo, se deja constancia explícita de esa intervención y siempre se distingue entre sus opiniones y los dichos de los entrevistados. Por otra parte, esa intervención es quizás menos sensible en la medida en que el interés de las notas se dirigía expresamente hacia el niño trabajador en sí mismo, intentando presentarlo al público lector. Esta pretensión se extiende incluso hasta abarcar no solo las palabras, sino también rasgos extralingüísticos como gestos, actitudes, particularidades de la oralidad de los entrevistados, en este caso recogiendo y luego transcribiendo las modulaciones peculiares del habla de estos niños plebeyos y, además, cordobeses, realizando así una operación discursiva de construcción de la *otredad*.

---

<sup>26</sup> Fraga, María Jesús. «Prólogo», 8.

<sup>27</sup> Zapiola, María Carolina. ««Un bello ejemplo»: literatura infantil y niños trabajadores en la Argentina peronista», en *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos* 13.1 (2022): 65.

Las entrevistas analizadas son testimonios de valor excepcional para el historiador, porque permiten acercarse a la subjetividad de esos niños trabajadores y restituirles su voz, aun con las inevitables mediaciones del caso. Esto marca una diferencia muy sensible con la amplia mayoría de los testimonios históricos con los que contamos sobre el trabajo infantil, en los cuales las experiencias de niños/as se expresan por boca de personas adultas. La entrevista en el periodismo es un método para llegar a las versiones de la vida, no a una verdad de los hechos del mundo<sup>28</sup>, algo que podemos suscribir desde la investigación histórica. Vale para esas entrevistas lo que Borrás Llop expresó sobre sus semejantes realizadas por Elena Fortún en España en 1930 a un grupo de niños, cuando dice que «rompen el silencio de una realidad visible», para luego agregar que puede considerárselas como una «iniciativa pionera, pues fueron muy raras las [...] hechas a menores».<sup>29</sup> Esto contribuye a justipreciar mejor el valor heurístico de las entrevistas de «El niño que trabaja», que incluso preceden a las de Fortún.<sup>30</sup>

### 3. Los niños que trabajan

Las notas ofrecen información—muy variable en cantidad y calidad—sobre diversos asuntos concernientes a los niños: nombre y apellido, edad y referencias a rasgos físicos, caracterológicos, actitudes, expresiones gestuales y lingüísticas; trabajo actual y empleos previos, así como deseos para su futuro; condiciones laborales (retribución, extensión de jornada, indumentaria, lugar de trabajo); nivel educativo; situación familiar y contribución infantil a su supervivencia; tiempo de ocio y prácticas recreativas; y, a veces, aspiraciones e ilusiones para el porvenir. Un artículo previo se concentró sobre el trabajo de los niños, sus trayectorias y aspiraciones ocupacionales. En continuidad con él, aquí se abordan su situación familiar, la contribución infantil a su supervivencia, su acceso a la educación y las actividades más allá del mundo laboral.

De los 12 niños, 9 brindaron referencias sobre antecedentes laborales. Al menos 4 se iniciaron en un pequeño emprendimiento familiar. Un caso revela una primera experiencia mediante la incorporación informal, mediada por la familia, a un establecimiento barrial cercano a la residencia del niño. Palacios inició su itinerario laboral tempranamente, a los 8 años, en la panadería de un vecino como mandadero y luego ayudante de cuadra; a los 10 ingresó a un taller de platería y desde los 12 hasta ese momento en que contaba con 14 trabajaba en «mecánica especial» en una armería. Exhibía una trayectoria laboral extensa, variada y ascendente en habilidades

---

<sup>28</sup> Osorio Vargas, Raúl Hernando. «La entrevista encuentro como método del reportaje», en *Paradoxos* 4.2 (2019): 111.

<sup>29</sup> Borrás Llop, José María. «Introducción», 77.

<sup>30</sup> El antecedente de las entrevistas de Fortún son tres colaboraciones sobre trabajo infantil de la autoría de Juan J. Mata publicadas en la revista madrileña *Blanco y Negro* en 1928, dos de las cuales incluían diálogos que el periodista mantuvo con sus protagonistas. La primera de ellas apareció el domingo 8 de enero bajo el título «Los Niños que Trabajan» (Fraga, María Jesús. «Prólogo», 12). Además de la coincidencia notoria en el título, despierta la atención que ese antecedente es por poco posterior (enero de 1928) a la serie «El niño que trabaja» de la prensa cordobesa (enero-abril de 1927) aquí examinada.

e ingresos de al menos 6 años. Rosales había comenzado como lustrabotas en una estación ferroviaria, a una edad no declarada, antes de ingresar como ayudante de cuadra en la Confitería Oriental, sitio que ocupaba desde hacía un año, y contaba con 14 años. Morán, de la misma edad, era ayudante de mozo en otro establecimiento muy famoso, el Bar-Café El Espléndido, adonde recaló con la expectativa de mayores ganancias y esperanzas, luego de trabajar un año en una fábrica de alpargatas, cuando contaba con 12 años. Fernández, también de 14 años, era empleado en una casa de comercio de alfajores, haciendo tareas varias de baja intensidad, pero había comenzado a los 10 como repartidor de pan. El menor del grupo, Romero, de 11 años, se dedicaba al expendio callejero de periódicos (canillita), al cual había arribado porque —según dijo— «ganaba más vendiendo diarios» que en su empleo previo haciendo propaganda de una casa de automóviles por las calles. Rodolfi había sido aprendiz en un taller de hojalatería en un ámbito institucionalizado, al cual había ingresado como interno a los 9 años y donde permaneció año y medio, antes de ser empleado en una tienda de telas a los 12 que tenía cuando la visita del reportero. En los demás casos se carece de datos de ocupaciones previas.

### **3.1. La situación de familia y el aporte del trabajo infantil a su sustento**

En 9 de las 12 notas se consigna alguna referencia a las relaciones familiares. De esos 9 casos, en 6 el niño era parte de una estructura familiar donde estaban presentes el padre y la madre y en los 3 restantes solo esta última. Dos niños consignaron ser huérfanos, Morán de padre y Vásquez de madre desde los 15 meses de edad. Desde hacía unos años tenía madrastra, además de un medio hermano pequeño al que debía cuidar a la vuelta de la escuela. Parecía incómodo en la convivencia y relación con su madrastra, considerando que en esa situación familiar él estaba «estorbando en la casa». En cambio, la relación con su padre parecía armónica y exhibía amor filial hacia él. Su padre lo había llevado de aprendiz al sitio donde trabajaba desde hacía mucho tiempo y el niño mostraba el deseo de ayudarlo el día de mañana cuando instalara su propio taller en la casa.

Todos los niños convivían con su familia, con independencia de su composición. La excepción es Rando, dependiente de panadería, quien se lamentaba de no poder ver a diario a su familia, sino solo los fines de semana y feriados. La distancia entre el hogar familiar y su sitio de labor, así como la distribución de su día entre su trabajo y la asistencia a la escuela nocturna, lo compelián a pasar las noches en la panadería, privándolo del contacto diario con sus afectos filiales. Aflicciones de la misma naturaleza, aunque podría descontarse que de mucha mayor intensidad, había experimentado Rodolfi, separado de su extensa familia a los 9 años cuando fue ingresado como internado en la Escuela de Artes y Oficios Presidente Roca, casi con seguridad por la pobreza material.<sup>31</sup> Para el reportero este establecimiento estatal

---

<sup>31</sup> Dicha escuela abrió sus puertas en Córdoba en 1914, en la primera gobernación de Ramón J. Cárcano, con el fin declarado de brindar enseñanza práctica especialmente a niños sin recursos y abandonados. Nació sobre la base del Asilo de Niños Desvalidos y funcionaba con un régimen de internado. Meses después del inicio de actividades contaba con 180 alumnos, todos pupilos, y tenía colmada su capacidad;

recogía a 250 niños «hijos de la pobreza», siendo Rodolfi «uno de los diez vástagos de un matrimonio modesto»<sup>32</sup>. La colocación de niños/as por sus padres en instituciones o con otras familias hacía parte de las estrategias de supervivencia de los pobres. Esta extendida y persistente práctica social—formalizada o informal, según el caso considerado— transfería los costos y la carga de la reproducción cotidiana del niño o la niña a la familia o la institución receptora que oficiaba de guardadora.<sup>33</sup> Por otro lado, la delegación del cuidado del niño o la niña en un tercero les ofrecía a sus padres la posibilidad efectiva de tomar un empleo.

Las referencias al aporte del trabajo del niño a la economía familiar son escasas y fragmentarias. Sin embargo, en ocasiones son muy esclarecedoras a través de los testimonios cualitativos y en primera persona de los niños, a los cuales se suele añadir algún dato cuantitativo. La incorporación infantil al mercado de trabajo fue, históricamente, un recurso integrado a las estrategias de supervivencia familiar de los pobres, mediante la búsqueda de una pluralidad de ingresos necesaria para el sustento.<sup>34</sup> Bajos salarios, inestabilidad laboral, desocupación forzosa de los padres o sus enfermedades eran disparadores del ingreso de niños/as al mercado laboral; varios de esos factores solían agravarse en períodos de carestía y/o de depresión de los jornales.<sup>35</sup> A su vez, los patrones mostraban inclinación a la contratación de infantes por sus muy bajos salarios —considerados complementarios de los adultos— y su mayor subordinación, disciplina, docilidad y menor propensión a la agremiación y la protesta.<sup>36</sup> Para la época, el doctor Gregorio Bermann, profesor titular de Medicina Legal en la Universidad de Córdoba, en su meduloso estudio sobre la minoridad delincuente local aseveraba que en esta el trabajo de los niños —incluso menores de 12 años— era «contemplado como un hecho normal» y lo atribuía sobre todo a la pobreza.<sup>37</sup> A ella se añadía, según el facultativo, «un hábito»,

---

en ese momento disponía de cuatro talleres de oficios (zapatería, sastrería, carpintería y mecánica) y su director tenía la intención de crear algunos más (hojalatería, talabartería, encuadernación, canastería, panadería y fundición) («La Escuela de Artes y Oficios», *Los Principios*, 29 de julio de 1914, 3). Siguiendo a Moretti, el desarrollo de las escuelas profesionales en Córdoba estuvo motivado y condicionado por las preocupaciones oficiales y societales sobre la cuestión social, concretamente el vagabundeo de niños y jóvenes, aun cuando se invocara como razón la necesidad de formar personal calificado para la industria (Moretti, Nicolás. «Estado, sociedad civil e Iglesia frente al problema de la minoridad en Córdoba. El caso de las escuelas de artes y oficios a inicios del siglo XX», en *Avances del Cesor* 19.27 (2022): 11-12.

<sup>32</sup> «El niño...», *EPN*, 13 de febrero de 1927: 4.

<sup>33</sup> Esas colocaciones por lo común no eran previstas como definitivas, sino como temporales hasta tanto se resolviera la situación de vida de los padres que las habían impulsado, como ingresos insuficientes, desempleo, enfermedad o muerte, necesidad de hallar ocupación, etc. (Remedi, Fernando J. «Niñas y niños en el servicio doméstico: colocaciones, explotación y resistencias. Córdoba en las primeras décadas del siglo XX», en Cerdá, Juan Manuel; Perren, Joaquin y Remedi, Fernando J. (eds.), *Las formas de las desigualdades socioterritoriales en Argentina* (Rosario: Prohistoria, 2024), pp. 101-103). El caso de Rodolfi y su familia es un ejemplo de esas prácticas, en esta ocasión en relación con la Escuela de Artes y Oficios Presidente Roca.

<sup>34</sup> Borrás Llop, José María. «Introducción», 90.

<sup>35</sup> Suriano, Juan. «El trabajo infantil», 355; Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria. *Mercado...*, 65.

<sup>36</sup> Suriano, Juan. «El trabajo infantil», 357.

<sup>37</sup> Bermann, Gregorio. *Los menores desamparados y delincuentes en Córdoba. Estudio psico-patológico, médico-social, criminológico y médico-legal*, t. I (Córdoba: Talleres Gráficos de La Penitenciaría, 1933) 94.

un rasgo cultural que estimaba propio de esos sectores sociales que impulsaba a los niños a un ingreso temprano al mundo laboral.<sup>38</sup> A comienzos del siglo XX estaba instalada y circulaba una representación positiva del trabajo infantil que disfrutaba de prolongada eficacia y extendida difusión social, abarcando un amplio arco de actores sociales y políticos. El trabajo infantil era visto como «una práctica corriente, deseable e incluso encomiable».<sup>39</sup>

En mayor o menor medida, todos los niños considerados enfrentaban la exigencia de insertarse en el mundo del trabajo para mitigar las necesidades propias y de su familia. Hace ya una veintena de años, un meduloso análisis cuantitativo de Nari demostró que la mayoría de las unidades domésticas de las clases trabajadoras de las primeras décadas del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires no podían subsistir solo con el salario de un varón adulto, sino que requerían del trabajo doméstico y de ingresos adicionales, provistos frecuentemente por la labor de mujeres e infantes<sup>40</sup>. En la misma línea y sobre el mismo contexto, un trabajo actual de Scheinkman ratifica esa idea a partir del análisis de los gastos de reproducción de las familias obreras y la estructura de salarios —segmentados por calificación, sexo y edad— de la empresa Bagley y de varias otras de la industria del dulce. En la mayoría de los casos se requería el trabajo rentado de dos o tres integrantes del hogar obrero para solventar los gastos mínimos contemplados en las estadísticas de costo de la vida de la época, de modo que se imponía la necesidad del trabajo de mujeres y niños/as para la subsistencia familiar.<sup>41</sup> Por tanto, pocos niños de familias obreras podían retrasar su ingreso al mercado laboral, porque sus salarios se necesitaban para el sostén del hogar y complementaban el ingreso familiar. En este sentido, aun con sus limitaciones, los registros censales dan cierta cuenta de la significación del trabajo infantil urbano en la época, como lo deja entrever la tasa global de empleo de menores de entre 6 y 15 años, que alcanzaba a 9,70% en Córdoba y Buenos Aires en 1906 y 1904, respectivamente.<sup>42</sup> Esta realidad socioeconómica no escapaba al conocimiento y la percepción del reportero de *EPN* y contribuía, en parte, a legitimar la incorporación temprana de niños/as de familias obreras al mercado laboral. En su oportunidad caracterizó a uno de sus entrevistados como «uno de aquellos *predestinados al trabajo*, que redime de la pobreza y eleva al pedestal de la holgura»,<sup>43</sup> revelando también su visión sobre cierto techo de la movilidad social ascendente

---

<sup>38</sup> Bermann 104.

<sup>39</sup> Zapiola, María Carolina. ««Un bello...», 57. Esa valoración positiva estuvo presente incluso durante los gobiernos peronistas de mediados del siglo; de hecho, según la autora, en ese momento ella se fortaleció por la centralidad que el peronismo le confirió al trabajo como principio rector de la vida social, política y moral de la nación y fuente de orgullo y dignidad del pueblo (Zapiola 59, 61, 81).

<sup>40</sup> Nari, Marcela. *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940* (Buenos Aires: Biblos, 2004), 57-58, 293.

<sup>41</sup> En Bagley e industrias del dulce consideradas solo los trabajadores jerárquicos, los obreros especializados y los capataces varones —notable minoría del personal— podían sostener una familia solo con su salario. Scheinkman, Ludmila. «De vueltas a un viejo debate: androcentrismo, desigualdad, brechas salariales y nivel de vida de la clase trabajadora porteña (Argentina, fines del siglo XIX-1944)», en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* 23 (2023): 20-21, 107-111.

<sup>42</sup> Rustán, María E. y Carbonetti, Adrián. «Trabajo...», 169.

<sup>43</sup> «El niño...», *EPN*, 6 de febrero de 1927: 6.

que acompañaba a la gran ola de crecimiento económico de las primeras décadas del siglo.

En los casos aludidos, la edad de ingreso al mundo del trabajo fluctuó entre los 7-8 y los 11-12 años. Con frecuencia, la puerta de entrada habían sido los oficios callejeros: Palacios se inició a los 8 años como mandadero en una panadería; Fernández a los 10 como repartidor de pan; Romero antes de los 11 hacía propaganda callejera para luego dedicarse a voceador de periódicos; Cortés conducía las comidas de su madre a la policía a los 12 años y luego fue lustrabotas por las calles; Rosales había desempeñado este oficio en una estación ferroviaria antes de recalar en la Confitería Oriental como ayudante de cuadra.

La necesidad económica se revela con intensidad en múltiples circunstancias evocadas por los niños. En ciertos casos es muy clara la contribución decisiva que el trabajo infantil hacía a la reproducción de la familia, como sucedía en aquella compuesta solo por el niño y su madre. En hogares integrados solo por mujeres —solteras, separadas, viudas— e hijos, la ausencia del varón adulto hacía aún más sensibles las estrecheces económicas y presupuestarias de la familia obrera.<sup>44</sup> La voz de los niños involucrados en estas situaciones no dejaba duda y revelaba la clara conciencia infantil acerca de su responsabilidad personal para el sostenimiento del hogar. Más en general, el trabajo de los niños —como subraya Borrás Llop<sup>45</sup>— hacía parte de «una cultura asumida, inseparable de lazos familiares, como contribución debida a padres y hermanos». Cortés, lustrabotas callejero, disgustado con su oficio, solo lo desenvolvía por la más absoluta necesidad de «ayudar» a su madre: «Si yo no trabajara no podríamos vivir», confesaba al reportero, quien añadía: «Es preciso para la estabilidad familiar que él trabaje».<sup>46</sup> El reportero asumía con naturalidad, desprovisto de connotaciones melodramáticas, y sin nombrarla como tal, la realidad de la pobreza de esos hogares y del trabajo infantil como necesidad impuesta por ella. De los 12 niños, Cortés era uno de los dos que sobrellevaban las jornadas laborales más extensas. Antes de llevar dinero a su hogar como lustrabotas, había aportado su cuota de trabajo no remunerado a la reproducción familiar, colaborando en el reparto de viandas que su madre elaboraba y expendía. Rosales, antes lustrabotas y ahora ayudante de cuadra en la Confitería Oriental, a quien también le desagradaba su ocupación, debía trabajar para la supervivencia propia y de su madre porque ambos estaban solos: «Tengo que ayudar a mi mamá, que es sola, sabe? Y pa eso tengo que trabajar».<sup>47</sup> Quizás más conforme con su trabajo, Morán, ayudante de mozo en El Espléndido, también soportaba sobre sus hombros parte significativa de la reproducción familiar, según los dichos de reportero: «Huérfano de padre [...] desde hace dos años se esfuerza en apuntalar la situación económica de su modesto hogar».<sup>48</sup>

<sup>44</sup> Scheinkman. Ludmila. «De vueltas...», 107, 111.

<sup>45</sup> Borrás Llop, José María. «Introducción», 98.

<sup>46</sup> «El niño...», *EPN*, 20 de febrero de 1927: 4.

<sup>47</sup> «El niño...», *EPN*, 10 de abril de 1927: 5.

<sup>48</sup> «El niño...», *EPN*, 30 de enero de 1927: 2.

En muchos otros casos, de manera menos encarnada y precisa, datos aislados permiten inferir la importancia del trabajo infantil remunerado para la reproducción familiar. Ese aporte complementaba los ingresos del jefe de familia. Es el caso de Rodolfi, dependiente en una tienda de telas, parte de una familia numerosa y pobre a cuya supervivencia colaboraba junto a otros de sus integrantes, según el periodista: «Rodolfi es uno de los diez vástagos de un matrimonio modesto [...]. Los hijos, algunos ya hombres, y otros como Alfredo, criaturas aún agregan su grano de arena en la formación del común desahogo del hogar».<sup>49</sup> Palacios, de 14 años, había trabajado desde los 8 en distintas ocupaciones, contribuyendo así «con sus escasas ganancias a solventar las necesidades de la casa», siendo sus padres «de escasos recursos».<sup>50</sup> Rando era dependiente de panadería, lo que consideraba como inadecuado para su categoría, pero eso le permitía aportar a su familia \$ 24 al mes, de los \$ 30 que percibía, recibiendo de sus padres los \$ 6 restantes —\$ 1,50 por semana— para sus gastos, ya que en su transcurso vivía en su sitio de trabajo.

En cierto caso, la retribución contribuía al sostén familiar y quedaba un excedente para el niño, para sus propias decisiones de consumo o ahorro. Esto sucedía con Beltrán, quien rondaba los 15 años y trabajaba en el taller de Ford desde hacía dos meses. Percibía \$ 1,50 diarios, de los cuales entregaba a su madre \$ 1,30, «juntando» el resto que destinaba al cine, revistas infantiles y ahorros que alcanzaban a \$ 35.<sup>51</sup> Romero, vendedor de periódicos, entregaba el ingreso del trabajo a su madre, pero reservaba para sí las «propinas» de sus clientes, decidiendo sobre su uso, revelando la existencia de un pequeño monto no imprescindible para la reproducción de la familia, cuyo jefe era un modesto empleado público.

El aporte infantil no se restringía al trabajo rentado, sino que también comprendía aquel otro por el cual no percibía ingreso, realizado dentro del ámbito doméstico y en el seno de la familia. Al menos 4 de los 12 niños habían comenzado su trayectoria laboral en un emprendimiento familiar. Beltrán, que iba por los 15 años, se había iniciado en el trabajo a los 7 u 8 en un taller bajo las órdenes de su cuñado; Ramírez, de 15 años, desde los 9 había sido instruido en el oficio por su primo en un establecimiento familiar de fotografía; Cortés, a los 12, había colaborado con su madre conduciendo comida por ella elaborada para la policía; y Rando había trabajado bajo las órdenes de su padre en un taller de carpintería que éste aún tenía en su casa. Este caso es interesante porque el niño, cuando aludió a esa tarea, no la conceptualizó como trabajo sino como «ayuda», casi con seguridad por haberla desenvuelto en el ámbito doméstico y en el seno familiar, sin percibir ingreso. Rando expresaba: «Mi papá tiene taller de carpintería y yo le ayudaba»,<sup>52</sup> eludiendo la definición de su aporte en términos de trabajo. Se autorepresentaba más como hijo colaborador de su padre que como auténtico trabajador.

---

<sup>49</sup> «El niño...», *EPN*, 13 de febrero de 1927: 4.

<sup>50</sup> «El niño...», *EPN*, 6 de febrero de 1927: 6.

<sup>51</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 5.

<sup>52</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

### 3.2. El acceso a la educación

La ley nacional 1420, del año 1884, estableció la obligatoriedad, gratuidad y laicidad de la escuela primaria en la Argentina. No obstante, su ámbito de aplicación se circunscribía solo a las jurisdicciones de dependencia directa del gobierno central como la ciudad de Buenos Aires y los territorios nacionales. En la provincia de Córdoba, recién con la ley 1426 de 1896 se fijó como obligatoria y gratuita la educación común, estipulándose que el «deber escolar» duraría 7 años, con inicio a los 7 cumplidos; luego cesaba la obligatoriedad, salvo que el niño o la niña no supiera leer y escribir correctamente y las operaciones aritméticas básicas, razón que le obligaría a prolongar el deber escolar un año más.

En las primeras décadas del siglo XX estaba ampliamente extendida la idea de que el Estado debía desempeñar un rol activo en la provisión de un servicio educativo de calidad<sup>53</sup>. Los esfuerzos del Estado, complementados por los de la sociedad civil con sus escuelas particulares, promovieron un avance significativo de la educación primaria. Aun así, no alcanzó a toda la infancia en edad escolar, como se revela en indicadores cuantitativos básicos. Según los datos del censo nacional demográfico de 1914, la tasa de asistencia escolar para la población de 6 a 14 años para la Argentina en su conjunto era de 55,8%, ubicándose la provincia de Córdoba muy cerca de este guarismo con 52,8%; la tasa de analfabetismo era de 48,5% para el país y 56,5% para Córdoba.<sup>54</sup>

Los límites a la universalización deseada de la educación primaria derivaban de múltiples circunstancias. En primer lugar, las limitaciones materiales de la oferta pública educativa, visible en el número insuficiente de establecimientos escolares, sus condiciones edilicias y la escasez de maestros calificados. En segundo lugar, las decisiones de los padres sobre la asistencia de sus hijos a la escuela, que en los sectores populares estuvieron condicionadas, a menudo, por las necesidades materiales inmediatas y quizás también por sus expectativas sobre los beneficios esperados de la educación. En tercer lugar, un factor sobre el cual llamó la atención Zapiola,<sup>55</sup> emplazado en el nivel de las representaciones de funcionarios estatales y legisladores, consistente en posturas educativas que rechazaban la posibilidad —incluso la conveniencia— de que todos los niños se educaran en escuelas comunes. Muchos pensaban que para los niños de los sectores populares, destinados a ser trabajadores manuales, no existía mejor escuela que el taller.<sup>56</sup> Su régimen laboral

<sup>53</sup> Tedesco, Juan Carlos y Cardini, Alejandra. «Educación y sociedad: proyectos educativos y perspectivas futuras», en Torrado, Susana (comp.), *Población...*, 441.

<sup>54</sup> *Población...*, 462, 466.

<sup>55</sup> Zapiola, María Carolina. «Los límites de la obligatoriedad escolar en Buenos Aires, 1884-1915», en *Cadernos de Pesquisa* 39.136 (2009): 73.

<sup>56</sup> Zapiola 76. La ley nacional 5291 de 1907, de reglamentación del trabajo de mujeres y menores, estableció la prohibición del trabajo de menores de 10 años o el de niños de entre 10 y 14 que no hubieran completado su instrucción obligatoria y fijó en 12 la edad mínima para ingresar en una fábrica o taller. Sin embargo, incluyó una cláusula que le permitía al Defensor de Menores autorizar el trabajo de los niños amparados por esas disposiciones cuando fuera indispensable para su subsistencia, la de sus padres o hermanos, aunque sin dispensarlos de la exigencia de la escolaridad mínima legalmente fijada. Esa ley fue

conllevaba, junto con el aprendizaje y el ejercicio de un oficio, el sometimiento a una disciplina de trabajo y a la autoridad de un patrón, el sentido de la responsabilidad, la incorporación de hábitos de orden, urbanidad, puntualidad, entre otros.<sup>57</sup> Más en general, en la época, la cuestión del trabajo se vinculó explícita y recurrentemente con la presencia y la circulación crecientes de menores en la vía pública de las urbes en expansión, las cuales fueron asociadas cada vez más a comportamientos considerados indeseables y peligrosos para ellos —con consecuencias perjudiciales para el conjunto social— como la mendicidad, el vagabundeo, la sociabilidad infantil, los juegos por dinero, entre otros.<sup>58</sup> Para las élites dominantes, la fábrica y sobre todo el taller se consideraron como solución para lo que concebían como «el problema de la vagancia y la delincuencia infantil». <sup>59</sup> La apuesta por una educación práctica fue impulsada por las virtudes regenerativas que se le adscribían, por un contenido moral vinculado a la ética del trabajo. <sup>60</sup> Para esa infancia plebeya, diversos agentes del Estado y actores de la sociedad civil concibieron al aprendizaje y el ejercicio de un oficio como instrumento de prevención social y, más aún, de *regeneración*, apelando a Mases, como «el camino hacia la redención social y moral». <sup>61</sup>

Esas concepciones y la preocupación por la infancia plebeya eran compartidas por *EP*, que en la segunda mitad del decenio de 1920 con frecuencia publicó sueltos y editoriales sobre la que denominaba como «infancia abandonada». <sup>62</sup> La difusión de estas concepciones trascendía los círculos dirigentes e incluso alcanzaba a los padres de esos niños, quienes consideraban al trabajo como «un entrenamiento formativo fundamental para su paso a la madurez». <sup>63</sup> En suma, el mandato de la obligatoriedad

---

reemplazada por la 11317 de 1924, que prohibió el trabajo de menores de 12 años por cuenta ajena en cualquier actividad, aunque con excepciones cuya autorización debía solicitarse al ministerio de menores, así como el de mayores de esa edad que no hubieran completado su instrucción. No obstante, se mantuvo la cláusula de excepción aludida por la cual el ministerio de menores podía autorizar su trabajo cuando lo considerara indispensable para su subsistencia, la de sus padres o hermanos, sujeto a que cumpliera con el mínimo de instrucción escolar exigido por ley. Esta disposición nacional de 1924 fue replicada en sus términos y adoptada por Córdoba en 1926.

<sup>57</sup> Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión...*, 33-48; Aversa, María Marta. «*Un mundo...*», 294.

<sup>58</sup> La creciente preocupación de la sociedad civil y los agentes estatales por lo que percibían como una infancia en situación de devenir peligrosa para la sociedad se plasmó incluso, en el caso de Córdoba, en la solicitud del gobierno provincial —a cargo de Ramón Cárcano— al doctor Bermann —ya citado aquí— en 1927 para que elaborara un estudio científico sobre la niñez abandonada, los menores delincuentes y las instituciones adecuadas para enfrentar esta problemática. El estudio fue elevado al gobierno en 1932 y publicado al año siguiente.

<sup>59</sup> Aversa, María Marta. «*Un mundo...*», 294.

<sup>60</sup> Moretti, Nicolás. «Estado, sociedad...», 8.

<sup>61</sup> Mases, Enrique. «El trabajo infantil...», 136.

<sup>62</sup> En otro sitio rescatamos la mirada y la postura de *EP* sobre la mendicidad infantil en Córdoba y señalamos ambigüedades en sus consideraciones sobre la presencia de niños en las calles, intentando distinguir nitidamente entre los dedicados al trabajo en el espacio público y los ocupados en limosnear. Aunque no lo consideraba deseable, aceptaba el trabajo infantil callejero y lo visualizaba, en última instancia, como un mal menor frente a prácticas como la mendicidad que eran severamente censuradas (Remedi, Fernando J. «Miradas sobre la mendicidad infantil en la ciudad de Córdoba en las primeras décadas del siglo XX», en *Páginas* 11.27 (2019):16-18.

<sup>63</sup> Aversa, María Marta. «*Un mundo...*», p. 8.

escolar fue bastante relativo y para muchos nada sería más educativo que el taller tratándose de infancias plebeyas.<sup>64</sup> Con todas esas restricciones, la imagen del «niño/alumno» que se desprendía de la ley 1420 —se puede extender legítimamente a la 1426— se convirtió en «el referente imaginario por excelencia para la constitución de los discursos y las representaciones de la infancia de los contemporáneos».<sup>65</sup>

No sorprende, entonces, que la escolarización de los pequeños trabajadores haya sido una inquietud significativa y regular del reportero de *EP*, quien adscribía a ese clima de ideas y compartía la convicción sobre el valor de la educación y de su extensión social. El semanario infantil del que participaba dedicaba mucho espacio, en diversos formatos, a las cuestiones educativas y explícitamente aspiraba a colaborar en la tarea de educar a la niñez y complementar solidariamente el esfuerzo de la escuela —integrada a la comunidad— en ese sentido. Al respecto, se sostenía: «EL PAÍS DE LOS NIÑOS es ante todo una expresión de lo que a Córdoba interesa hacer por la infancia [...] El niño preocupa y debe constituir una predilecta devoción de la sociedad entera. La escuela no puede ser un centro aislado en medio de la sociedad a cuyo progreso le presta el apreciable aporte de su misión».<sup>66</sup> La preocupación del reportero se revela en su pregunta sobre la escolaridad en las entrevistas y/o en la inclusión de referencias de su autoría respecto de la situación educativa de los infantes.

Al menos 9 de los 12 casos contienen información sobre la materia y ella permite explorar el acceso a la educación formal de esos niños. Ramírez, que se desempeñaba como fotógrafo, fue quien más lejos había llegado; había cursado hasta 5º grado, cuando se consideraba que culminado el 6º se había completado la educación primaria, hacia los 14 años según la ley. Así, ni siquiera quien exhibía un mayor grado de escolarización había transitado la totalidad del trayecto educativo fijado por las normas vigentes. Luego le seguían Rando, dependiente de panadería, que a sus 14 años estaba cursando 4º grado en la escuela nocturna y aspiraba a llegar hasta 6º, y Beltrán, ayudante de oficial en el taller de Ford, que se había inscripto para hacer aquel grado en un establecimiento de la misma naturaleza el año en curso. Luego seguían 3 niños que habían llegado hasta 3º grado: Vásquez, aprendiz de herrero; Heredia, fabricante de cajas; y Morán, ayudante de mozo; todos de 14 años, es decir, no habían completado siquiera los 4 grados de la escuela elemental, cuando su edad indicaba el límite legal superior para la obligatoriedad escolar.

En la ciudad de Córdoba, según el censo de 1906, de los 20.337 habitantes en edad escolar —de 6 a 14 años— 13.286 —65,33%— concurrían a la escuela y 2.069 —10,17%— no lo hacían, pero sabían leer y escribir.<sup>67</sup> Este dato revela que niños/as no culminaban el ciclo de escolarización como estaba definido legalmente,

---

<sup>64</sup> Zapiola, María Carolina. «Los límites...», 87.

<sup>65</sup> Zapiola, María Carolina. «Los límites...», 72.

<sup>66</sup> «El niño», *EPN*, 20 de febrero de 1927 p. 2.

<sup>67</sup> *Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la Ciudad de Córdoba, levantado en los días 31 de agosto y 1 de septiembre de 1906* (Córdoba: La Italia, 1910), pp. LXXVII, LXXIX.

sino que por lo común lo abandonaban tras haber transitado apenas los primeros grados. Se producía un veloz desgranamiento de la matrícula que afectaba a todas las escuelas de la ciudad y a ambos sexos (con menos intensidad al femenino). Los datos del censo son categóricos: limitándonos a varones en edad escolar, el número de asistentes cada 100 alumnos era de 53,72 en 1º grado; 25,25 en 2º; 10,78 en 3º; 6,19 en 4º; 3,27 en 5º y 0,78 en 6º.<sup>68</sup> El tránsito por la enseñanza gradual hasta finalizar 6º grado no parece haber sido considerado necesario para la inserción en el mundo laboral. En el informe del censo su redactor expresaba que 5º y 6º grado no eran indispensables para quienes fueran a dedicarse al comercio o la industria y que los programas no daban «aptitudes definidas para la vida práctica».<sup>69</sup> En parte su juicio se fundaba en datos que mostraban la corta cantidad de niños que alcanzaban los grados superiores, lo que interpretaba en términos tales como «resulta de los números que el pueblo no la necesita».<sup>70</sup> Sobre la base de esos datos afirmaba que los dos extremos etarios del grupo escolar —6 y 13-14 años— exhibían cifras de asistencia «marcadamente bajas», siendo en cambio «uniforme» entre los 7 y 12.<sup>71</sup>

De los 12 niños, 4 estaban cursando —con variada regularidad y éxito— en escuelas nocturnas —todas elementales—, mientras que de día trabajaban. Rodolfi, empleado en una tienda de telas, años antes había asistido como internado a la Escuela de Artes y Oficios Presidente Roca —donde combinó enseñanza básica y aprendizaje de un oficio en el taller de hojalatería—; y 3 concurren —con diversa continuidad, más bien escasa— a escuelas particulares, al menos dos de ellas confesionales. Heredia, fabricante de cajas, había llegado hasta 3º grado «en una escuela de curas», antes de que en unas vacaciones —según sus dichos— se le «dio por trabajar». En el otro caso, el niño parecía no haberse adecuado a la orientación religiosa que hacía parte de la oferta educativa, como se infiere de sus palabras y pretendidas actitudes. El más pequeño del grupo, Romero, canillita de 11 años, dijo haberle pedido a su madre que lo sacara del colegio porque «no hacían más que decir rezos». Para confirmar su incomodidad con esa educación, más adelante en la entrevista afirmaba su deseo de aprender a leer y escribir y que ese año volvería a la escuela, «pero no a aquella que dicen rezos», aclaraba.

El canillita y el lustrabotas Cortés son los únicos niños del conjunto que desempeñaban oficios callejeros y también los que quedaron sumidos en el analfabetismo —no sabían leer y escribir—, excluidos tempranamente de la escolarización, al menos en parte por dificultades de adaptación al medio educativo. Cortés, de 14 años, había sido expulsado de la escuela apenas en 1º grado por razones

---

<sup>68</sup> *Censo...*, XXXV. Para la Argentina en su conjunto en el último tercio del siglo XIX, Tedesco caracterizó el progreso educacional como desigual desde el punto de vista espacial y poco efectivo, sobre todo por «los enormes porcentajes de deserción escolar» en los niveles primario y medio. En aquel, según sus cálculos, el mayor número de desertores se daba en el pasaje de 1º a 2º grado en los años 1886-1891 y 1893-1898 (Tedesco, Juan Carlos. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1955)* (Buenos Aires: UNIPE, 2020), 243, 219).

<sup>69</sup> *Censo...*, LXXXVI.

<sup>70</sup> *Censo...*, LXXXVI

<sup>71</sup> *Censo...*, LXXVII.

disciplinarias, debido a su reacción ante una situación de acoso escolar de otro niño. En el caso de Rodolfi, de 12 años, razones emocionales explicaban sus dificultades para adaptarse a su escolarización. Él experimentó el sufrimiento de ser separado de su numerosa familia a los 9 años, cuando fue ingresado como interno en una escuela de artes y oficios, donde permaneció año y medio. A ello se añadía lo que parecía ser su insatisfacción con la formación que allí recibía en el taller de hojalatería.

En varios casos son evidentes las dificultades en el acceso a la educación derivadas de las circunstancias económicas de las familias, visualizándose las tensiones entre la asistencia a la escuela y la necesidad de incorporarse y permanecer en el mercado de trabajo. Esto no siempre conllevó, necesariamente, el abandono de la escuela.<sup>72</sup> Tampoco fue el único factor que propició el alejamiento de las aulas, al cual contribuyó también —apunta Moretti<sup>73</sup>— la escasa penetración de las escuelas en el tejido urbano, o mejor aún, su distribución desigual dentro de él, definida por su presencia/ausencia y su nivel de enseñanza.<sup>74</sup> En este sentido, se distinguían las elementales, ampliamente mayoritarias y que solo llegaban hasta 4º grado, de las graduadas, menos numerosas, concentradas en la zona céntrica, que contaban con 6 grados —en la práctica eran 8—, en las cuales se consideraba que el niño había completado su educación primaria. Las escuelas nocturnas podían ser elementales o graduadas, pero al menos para 1906 todas ellas eran de aquella naturaleza y de varones.<sup>75</sup>

En ciertos casos, esas tensiones entre escolaridad y necesidad de trabajar persistieron y fueron gestionadas por los niños como pudieron en el día a día; continuaban participando activamente en ambos espacios, a fuerza de sacrificios personales y, quizás, con la convicción de la importancia de aquella para labrarse un destino. Es el caso de Rando, de 14 años, quien durante el día trabajaba en una panadería y por las noches cursaba 4º grado; pensaba llegar solo hasta 6º, según decía «tanto como para tener un poco de instrucción», y anhelaba «llegar a ser un buen

---

<sup>72</sup> Lo mismo observó Borrás Llop para Madrid en las primeras décadas del siglo XX, al señalar que algunos niños y niñas compaginaron trabajo y escuela, «de manera que no cabe considerar rotundamente que la escolarización estuviera totalmente reñida con el trabajo, aunque se viera frenada por una asistencia irregular» (Borrás Llop, José María. «Introducción», 97). Esa observación surge como aportación de los testimonios orales recogidos por Fortún, ya aludidos, al igual que nuestras consideraciones sobre la materia lo hacen sobre la base de las entrevistas a los niños. La historiografía argentina señaló, con mayor o menor detenimiento, que la incorporación de niños/as al mundo laboral no implicó forzosamente el alejamiento de las aulas. Al respecto pueden verse, entre otros, el trabajo de Moretti para Córdoba y el de Zapiola para Buenos Aires, en las primeras décadas del siglo XX y mediados del mismo, respectivamente (Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión...*, 31,73-75; Zapiola, María Carolina. ««Un bello...», 65-68, 72). En este último caso, su análisis de la revista peronista *Mundo Infantil* en el giro del decenio de 1940 al siguiente le permite afirmar que en ella trabajar y asistir a la escuela con buenos resultados no se visualizaban como incompatibles para los niños de los sectores populares (Zapiola, María Carolina. ««Un bello...», 72-73).

<sup>73</sup> Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión...*, 30.

<sup>74</sup> Ese factor y su vínculo con el analfabetismo se invocaron explícitamente en los comentarios preliminares del censo de 1906. Se observaba que había secciones de la ciudad que presentaban gran número de analfabetos y carecían de escuelas, o bien las existentes tenían apenas enseñanza elemental, situación que afectaba de modo sensible a las zonas ubicadas más allá del área central. *Censo...*, LXXX.

<sup>75</sup> *Censo...*, LXXXII.

letrista». <sup>76</sup> Ese despliegue conllevaba una gran dosis de esfuerzo personal cotidiano y de sacrificio, resignando bienestar material, aunque fuera modesto, y también afectivo. Su apretada y dura rutina cotidiana le impedía retornar al hogar familiar cada día, debiendo pernoctar en su lugar de trabajo, lamentándose amargamente por no ver a menudo a sus afectos. Preguntado si quería mucho a su familia, Rando replicó: «¡Qué pregunta me hace!... Y entonces, no la voy a querer, no la voy? La lástima es que no la veo todos los días. [...] vivimos muy lejos [...] y como después del trabajo tengo que ir a la escuela, me quedo a dormir en la panadería y solamente voy a casa los domingos y días de fiesta». <sup>77</sup>

En otros casos, la gestión de la tensión entre escolaridad y trabajo se mostraba más infructuosa, al menos en términos de aprendizaje. Palacios, de 14 años, llevaba desde los 8 trabajando debido a las necesidades económicas. Esto lo alejó rápida y tempranamente de la escuela, tras cursar apenas dos grados y sostener por un tiempo la escolaridad mientras se desempeñaba en la panadería de un vecino. Fernández, de 14 años, empleado en una casa de alfajores, durante el año anterior había cursado 2º grado en la escuela nocturna, pero por su baja asistencia debía repetirlo, algo que declaraba que intentaría hacer el año en curso. <sup>78</sup> Los magros resultados escolares a veces definían la partida en favor del mundo del trabajo y a expensas del educativo, en una relación muy condicionada por el cuadro familiar. Vásquez, aprendiz en un taller de herrería, parecía haber experimentado problemas de adaptación en el seno de una familia compuesta por su padre, su madrastra y un medio hermano pequeño; las tareas de cuidado de este último, impuestas a él por su madrastra, conspiraron contra los resultados de su labor educativa y precipitaron «su decisión» de dejar la escuela y consagrarse al trabajo, como reflejan sus palabras:

No bien yo volvía de la escuela, [mi madrastra] me hacía cuidar al nene de ella y así se me pasaba la tarde. Y a la noche, yo no podía hacer todos los deberes, porque estaba muy cansado. [...] me iba mal en la escuela y cuando empezaron las vacaciones me preguntaron si quería trabajar o seguir estudiando. Y bueno, entonces yo dije que ya me iba tan mal con los deberes, iba a trabajar. <sup>79</sup>

Más allá de las tensiones entre la escuela y el trabajo, y de cómo fueron diligenciadas por los actores involucrados, en general los entrevistados parecían compartir la idea de que la escolaridad era relevante para labrar sus destinos, así como también el deseo o interés de participar de ella. Los únicos dos niños que no sabían leer ni escribir, ambos con trabajos callejeros, manifestaron de modo expreso y fervoroso su deseo de asistir a la escuela y acceder a aquellas aptitudes letradas y cada uno a su manera se resentía amargamente de su carencia educativa. Para Romero, no saber leer influía de modo directo en su labor como vendedor de periódicos, debilidad paliada por la colaboración de su padre, quien en la mañana temprano le «lee todos los días el diario, y le dice a su hijo las noticias importantes»,

<sup>76</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

<sup>77</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

<sup>78</sup> «El niño...», *EPN*, 13 de abril de 1927: 4.

<sup>79</sup> «El niño...», *EPN*, 20 de marzo de 1927: 5. Cursiva de la investigación.

antes de que el niño saliera «con el montón de diarios bajo el brazo, voceando a todo lo que da el pulmón, las noticias importantes».<sup>80</sup> Cortés, lustrabotas, expulsado del sistema escolar en 1º grado, «exclama con absoluta sinceridad» —confesaba el reportero— que «iría todos los años a la escuela», y que es «su tortura» no saber leer ni escribir: «No sé poner mi firma, dice con desesperanzada convicción». Sus anhelos parecían difíciles de compatibilizar con las exigencias de su supervivencia y la de su madre, que lo conminaban a trabajar de lunes a viernes desde las 7 de la mañana hasta las 8 de la noche y los sábados hasta el mediodía.

Otros niños, menos desprovistos de instrucción, pero también sometidos a la urgencia de trabajar, revelaban expresamente su inquietud por el estudio y deseos de extender su aprendizaje escolarizado, aun cuando sus circunstancias económicas poco favorables pusieran en duda sus posibilidades de concreción. Beltrán, ayudante de oficial en un taller de Ford, había alcanzado hasta 3º grado y se había inscripto en la escuela nocturna para continuar sus estudios; frente a la pregunta sobre si iba a seguir una carrera, desvelaba sus deseos, y daba vuelo a sus ilusiones de niño, cuando decía: «Me gustaría estudiar para perito mecánico o ingeniero electricista. Cuando cumpla los 18 años, pienso entrar a la Escuela de Aviación. Quiero ser aviador».<sup>81</sup> Frente al mismo interrogante, Rando expresaba sus deseos y, a la vez, revelaba su conciencia de la desigualdad que atravesaba al conjunto social, evidenciaba los límites de la movilidad social ascendente y tornaba a aquellos en algo inalcanzable. Preguntado si le gustaría seguir una carrera replicó: «Claro que sí; pero nosotros somos muy pobres y eso de seguir una carrera es cosa de gente rica nomás»<sup>82</sup>.

### **3.3. El niño que trabaja, no solo trabaja: el tiempo libre y sus usos**

En 7 de los 12 casos, las notas brindan algunos datos sobre el uso del tiempo libre de los niños, sus preferencias recreativas e, incluso, permiten acercarse un tanto y levemente a sus consumos culturales. Un rasgo muy atractivo de las entrevistas es el interés del reportero por conocer a qué destinaban sus interlocutores la fracción de la remuneración de su trabajo que quedaba disponible para ellos. La respuesta a esa pregunta abre una ventana para asomarse un poco al consumo de la infancia plebeya y permite acercarse a estos niños en tanto sujetos con capacidad de elección, conforme a sus gustos, inclinaciones, caprichos o impulsos.

La referencia más extendida dentro del grupo es a la asistencia al cine (biógrafo), en la jornada dominical, a la función de la matiné. El cine —en fuerte expansión— generaba un gran atractivo en el público infantil. Tanto que incluso las asociaciones católicas de la época apelaron hábilmente a esa innovación tecnológica para captar la atención de la infancia urbana, junto a otros medios modernos como

---

<sup>80</sup> «El niño...», *EPN*, 27 de febrero de 1927 p. 4. Muchos de los vendedores de periódicos eran analfabetos por la imposibilidad de asistir a la escuela en el mismo horario en el que realizaban su trabajo y algunos habían aprendido a leer y escribir por sí mismos (Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión...*, 74).

<sup>81</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 5.

<sup>82</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

la radio y la incorporación de la fotografía en una prensa renovada.<sup>83</sup> Niños/as de Córdoba no escaparon a esta seducción del cine. Una muestra de esto es que uno de los premios que con frecuencia otorgaba EPN, a través del ya referido Club del Niño, a sus pequeños colaboradores literarios consistía en entradas para las funciones de matiné dominicales, las cuales habían sido donadas por empresas del ramo o una tienda departamental como Gath & Chaves.<sup>84</sup> En ocasiones, por este medio se buscaba complementar entretenimiento y educación del público infantil, promoviendo concursos de redacciones que ofrecieran una síntesis de las cintas vistas, con observaciones y comentarios personales. Así, el suplemento perseguía el propósito de colaborar con la obra educativa de la escuela, «fomentando las dotes de observación y las condiciones individuales de los niños, que han de reflejarse en las composiciones que ellos mismos nos envíen». Las primeras entradas se preveía que fueran distribuidas cada semana entre los 15 niños que destacaran como «los mejores en los tres grados superiores» de la escuela elegida.<sup>85</sup>

Al menos 6 de los 12 niños —Romero, Ramírez, Fernández, Heredia, Beltrán, Rando— dieron testimonio de su concurrencia al cine, desde los más grandes (15 años) hasta el más pequeño del grupo (11 años). Este último, vendedor callejero de periódicos, analfabeto, los domingos sustituía sus gastadas ropas diarias de trabajo por un trajecito limpio y sus botines para pasear y concurrir al biógrafo. En la fotografía que acompañaba a la nota respectiva aparece con un saquito raído, camisa blanca abierta en el cuello y, según el reportero, descalzo. Otra era su indumentaria para su día de descanso: «Pero yo tengo mi trajecito, mis botines, exclama a renglón seguido, para quitarnos la posible idea de que es un vago. Me lo pongo los domingos para ir a pasear».<sup>86</sup> Heredia solía incluir el intento de escabullirse en el cine sin pagar como parte de su paseo por las calles en su andar sin rumbo prefijado. Varios niños dejaron claro que la asistencia al cine era solo a veces, algún domingo, como decían Fernández y Rando.

Este último, dependiente de panadería de 14 años, y Beltrán, asistente de oficial en el taller de Ford que iba por los 15, ambos cursando 4º grado en sendas escuelas nocturnas, revelaban inquietud y placer por la lectura de textos dedicados al público infantil, libros de cuentos o aventuras y revistas, a las cuales accedían incluso adquiriéndolas con sus propios dinerillos, fruto de su faena semanal.

Esos artefactos culturales fueron parte del crecimiento de la producción de impresos ilustrados de circulación masiva que se produjo en el marco de la modernización en marcha, asociada a la urbanización y la expansión capitalista del giro del siglo XIX al XX. La difusión de ese tipo de productos de consumo masivo fue

---

<sup>83</sup> Lida, Miranda. «La iglesia católica y la infancia a comienzos del siglo XX. Catecismo, cine y golosinas», en *Todo es Historia*, 457 (2005): 34,36-37.

<sup>84</sup> «Gath y Chaves y el Cine Belgrano ofrecen premios a los niños colaboradores», EPN, 6 de febrero de 1927 p. 7. En este caso llama la atención que la primera escuela elegida para premiar a los niños colaboradores fue la de Artes y Oficios Presidente Roca, ya aludida, que contaba con internos de los sectores populares.

<sup>85</sup> «Concurso de composiciones», EPN, 24 de abril de 1927: 2.

<sup>86</sup> «El niño...», EPN, 27 de febrero de 1927: 4.

estimulada por los progresos de la alfabetización y la escolarización. El aumento del público lector fue acompañado de una proliferación de materiales de lectura, bajo el formato de diarios, semanarios, folletines, novelas, almanaques, libros de texto y revistas infantiles.<sup>87</sup> Escolares y trabajadores fueron consumidores de productos comerciales como revistas y libros ilustrados de circulación masiva<sup>88</sup>. Beltrán, que disponía de 20 centavos del \$ 1,50 diario que percibía por su trabajo, dividía su dinero entre el ahorro y el consumo, incluido el de publicaciones infantiles como la revista *Billiken* y el suplemento *EPN*. A la pregunta de «¿Y no gastas nada?» del reportero, él replicó: «Los domingos solamente voy a la matinée del cine. Otras veces me quedo en casa y leo el *Billiken*<sup>89</sup> y el «Paisito»», en referencia al suplemento infantil de *EP*, además de la reconocida revista para niños de alcance nacional aludida en la cita.<sup>90</sup> *Billiken*, editada desde 1919, no fue la primera publicación periódica argentina destinada a los niños —aunque no solo a ellos—; fue precedida por la pionera revista *Pulgarcito* y, poco después, por *PBT*, ambas aparecidas en 1904. A diferencia de estas dos, *Billiken* alcanzó un éxito perdurable y pudo sostenerse en el mercado editorial con su orientación dirigida hacia el público infantil. La publicación costaba 20 centavos, equivalentes a un gasto que podían permitirse las familias de los sectores medios y populares en ascenso.<sup>91</sup>

Rando, que recibía de sus padres \$ 1,50 a la semana de los \$ 30 mensuales que ganaba, definía sus gastos del siguiente modo: «Algunos domingos, al biógrafo; después, libritos de cuentos y revistas infantiles». Vivía donde trabajaba y visitaba a su familia los días no laborales. El caso es muy interesante porque este niño, de 14 años, mostró y expresó evidente extrañeza cuando el reportero le preguntó si le interesaban mucho los «cuentos de niños», a la vez que en su respuesta reivindicó con énfasis para sí esa identidad, a través de prácticas asociadas a dicha subjetividad: «¿Porqué no? Se cree que porque quiero ser artista [letrista] no puedo leer aventuras infantiles? *Para eso soy un chico, para eso*».<sup>92</sup>

En las decisiones de gasto no todo era consumo. Había espacio para otras inclinaciones, menos egoístas, y para la solidaridad intraclase, entre sujetos populares

---

<sup>87</sup> Freidenraij, Claudia. ««Niños jugando». Circulación de imágenes, condición social y fotografía en la Buenos Aires de principios del siglo XX», en Cosse, Isabella (comp.), *Familias e infancias en la historia contemporánea: jerarquías de clase, género y edad en Argentina* (Villa María: Eduvim, 2021), p. 53. En ese contexto editorial, en 1925 el diario católico *El Pueblo*, editado en Buenos Aires, comenzó a publicar un suplemento dominical para la familia que incluía una página infantil, algo que poco después fue replicado en las revistas parroquiales (Lida, Miranda. «La iglesia...», 35).

<sup>88</sup> Freidenraij, Claudia. ««Niños jugando...», 54.

<sup>89</sup> Publicación periódica semanal para niños cuyo primer número apareció en noviembre de 1919, producto de la Editorial Atlántida, con sede en Buenos Aires, fundada y conducida por el editor uruguayo Constancio Vigil, dedicada a la edición de revistas. Además de *Billiken* publicaba la revista de interés general *Atlántida* desde 1918, la deportiva *El Gráfico* desde 1919 y la femenina *Para Tí* desde 1922. Sus publicaciones se distribuían a toda la Argentina y a Paraguay y Uruguay (Bontempo, M. Paula. «Los lectores y las lectoras de *Billiken* se asocian. El desarrollo de los Comités *Billiken*. Argentina, 1919-1925», en *Trashumante*, 8 (2016): 33, 36.

<sup>90</sup> «El niño...», *EPN*, 3 de abril de 1927: 5.

<sup>91</sup> Bontempo, M. Paula. «Los lectores...», 37-38.

<sup>92</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

que soportaban situaciones diversas de desigualdad. Es reveladora la actitud del canillita de 11 años que entregaba el ingreso de su trabajo a su madre, pero reservaba para sí las «propinas», de las cuales la mitad decía consagrarlas a la caridad anónima en favor de los tuberculosos.<sup>93</sup> El reportero no escatimaba expresiones de sorpresa y gratitud hacia la actitud desprendida y comprometida del pequeño: «desarrapado, con la camisa abierta en el cuello, descalzo, pone en el cuadro gris de la ciudad la nota emocionada de un acto magnífico [...] no olvida [...] la tragedia dolorosa de los enfermos de aquel hospital, y reparte sus ganancias [...] con aquellos que viven en su propia angustia».<sup>94</sup>

De las actividades recreativas también hacía parte el juego del fútbol. Promediando la década de 1920, este se imponía dentro de las preferencias del emergente mercado de entretenimientos de la ciudad. En esta, durante el período de entreguerras se forjaron los cimientos para la transformación del fútbol en un espectáculo de masas y se generalizó como una práctica habitual de muchos niños y jóvenes cordobeses.<sup>95</sup> No obstante, solo 2 de los 12 niños lo mencionaron, ambos de manera fervorosa, dejando impresa esta marca en su propia oralidad. Rosales, ayudante de cuadra en la Confitería Oriental, interrogado sobre qué era lo que le gustaba más, replicó sin hesitar: «El football. [...] En la 'canchita' al lao de casa, hacemos cada *partidones*, los días domingos... Pero no lo diga, que si lo sabe mama! Le ruempo un par de *ampargatas* [alpargatas] cada partido».<sup>96</sup> Heredia dejaba testimonio involuntario de su interés por esa práctica cuando expresaba al pasar que «a la noche tenía que jugar al 'furbo' en una calle de Barrio Inglés», motivo por el cual dijo que no aceptó entrar a trabajar en el momento en que le ofrecieron empleo.<sup>97</sup> La canchita, la calle, el baldío eran espacios de sociabilidad infantil y juvenil en torno a la práctica espontánea del fútbol.<sup>98</sup>

Heredia, también involuntariamente y con buena dosis de desenfado en toda la entrevista, en varios de sus pasajes dejó entrever otras actividades de disfrute del tiempo libre, más sencillas, espontáneas y variadas, como ir a «pasar al centro», tocar los timbres de la cuadra o, en su lugar de trabajo, ponerse «en la puerta a ver pasar las chicas». Parece que a menudo se trataba simplemente de deambular por ahí y por allá, sin rumbo claro y disponible para las oportunidades de entretenimiento que se presentaran. Era el anhelo del recién aludido Rosales, quien desprovisto de aspiraciones laborales y a disgusto con su trabajo expresaba: «como me gustaría

<sup>93</sup> «El niño...», *EPN*, 27 de febrero de 1927: 4.

<sup>94</sup> «El niño...», *EPN*, 27 de febrero de 1927: 4.

<sup>95</sup> Reyna, Franco. «Jugar al fútbol en la Córdoba (Argentina) de entreguerras: la conformación de subjetividades e identidades en el deporte», en *Secuencia*, núm. 103, México, Instituto Mora, 2019, 4-5/34.

<sup>96</sup> «El niño...», *EPN*, 10 de abril de 1927: 5. Cursiva en el original.

<sup>97</sup> «El niño...», *EPN*, 27 de marzo de 1927: 5.

<sup>98</sup> Los jugadores se apropiaron del baldío, lo identificaron como inherente a la práctica del fútbol y así, según Reyna, fue transformado por la cultura y reivindicado hacia fines de la década de 1920 como «potrero», «un territorio concreto sin demarcaciones estipuladas donde se jugaba de manera espontánea, despojado de infraestructuras básicas y que tenían una condición periférica en relación con los campos de juego y estadios oficiales» (Reyna, Franco. «Jugar al fútbol...», 7/34).

andar por ahí, sin nada que hacer, con buena ropa y menega [lunfardo: dinero] en los bolsillos». <sup>99</sup> Para esos niños la calle era un espacio privilegiado de sociabilidad, de encuentro con sus pares en los ratos libres, situación también favorecida a menudo por los empleos que tenían. <sup>100</sup>

Con aspiraciones de desplazarse a mayor distancia, impulsados por la curiosidad y tentados quizás por la búsqueda de aventuras, dos niños revelaron ganas de viajar entre sus anhelos, aunque lo expresaron con diferentes matices. Ambos, nacidos en la ciudad de Córdoba, nunca habían traspuesto sus límites. En referencia a jóvenes, Stagno señala como parte de la cultura juvenil de fines del decenio de 1930 la frecuencia de los desplazamientos desde la ciudad de La Plata hacia otras localidades, a menudo lejanas, con el propósito de buscar empleo. Para los adultos contemporáneos esas prácticas solían interpretarse como la «costumbre o manía de darse a viajar», en tanto que para Stagno se trataba de experiencias personales favorables al desarrollo de una vida autónoma, aunque sin cortar los lazos con los núcleos familiares. <sup>101</sup> Consistente con su carácter sereno, el fotógrafo Ramírez, de 15 años, expresaba: «nunca he salido de aquí. Acaso alguna vez haya de viajar; iré a Rosario...», sin precisar razones sobre el destino elegido. <sup>102</sup> Cortés, lustrabotas, también exponía sus ganas de viajar, pero fervorosamente: «¡Oh!, cuanto me gustaría viajar. Conocer así muchas partes. Yo no conozco nada, no he salido de Córdoba nunca...». <sup>103</sup> Su dura vida, analfabeto y trabajando seis días y medio a la semana apenas para sobrevivir en la pobreza junto a su madre, quizás daba fundamento a la certidumbre del reportero sobre la no concreción del anhelo del niño que devenía pura ilusión infantil. Una de éstas, ganar la lotería, sería la garantía que le permitiría a Rosales sostener una vida futura de buen pasar y sin necesidad de trabajar, tal como lo expresaba: «Via ver si me saco la grande y entonces si que la voy a pasear de lo lindo». <sup>104</sup>

A diferencia de Rosales, varios niños fundaban en su esfuerzo y futuro laboral sus esperanzas de alcanzar bienestar material y prosperidad, en un contexto de crecimiento económico y modernización que parecía envolverlo todo y sostener la creencia en el ascenso social. El reportero señalaba sobre Rodolfi: «Ante todo concentraré en el espejismo de una esperanzada riqueza; un deseo ferviente de culminar en personalidad y riqueza». <sup>105</sup> En un sentido semejante, con diferencia de

---

<sup>99</sup> «El niño...», *EPN*, 10 de abril de 1927: 5.

<sup>100</sup> Algo semejante establece Stagno pero para varones jóvenes en la ciudad de La Plata entre fines del decenio de 1930 e inicios del siguiente, a partir del estudio de expedientes tramitados ante el Tribunal de Menores. Según el autor, «La experiencia callejera constituía para ellos la primera impresión de la juventud» (Stagno, Leandro. «Una cultura juvenil callejera. Sociabilidades y vida cotidiana de varones jóvenes en la ciudad de La Plata (1937-1942)», en Bontempo, Paula y Bisso, Andrés (eds.), *Infancias y juventudes en el siglo veinte: política, instituciones estatales y sociabilidades* (Buenos Aires: Teseo, 2019), 200.

<sup>101</sup> Stagno, Leandro. «Una cultura juvenil...», 198, 200-201, 213.

<sup>102</sup> «El niño...», *EPN*, 6 de marzo de 1927: 5.

<sup>103</sup> «El niño...», *EPN*, 20 de febrero de 1927: 4.

<sup>104</sup> «El niño...», *EPN*, 10 de abril de 1927: 5.

<sup>105</sup> «El niño...», *EPN*, 13 de febrero de 1927: 4.

grado, se expresaba sobre Palacios, dedicado a la mecánica: «Y cuando el chico recuerda su actual ocupación, se iluminan los ojos de alegre esperanza y sus palabras tejen ingenuos proyectos de holgura y probabilidades sonrientes». <sup>106</sup> Las apreciaciones del reportero, con términos y fórmulas como «espejismo», «esperanzada riqueza», «alegre esperanza», «ingenuos proyectos», «probabilidades sonrientes», hablan de su percepción de las visiones de los entrevistados sobre el futuro y de su propio pronóstico —poco halagüeño— acerca de la concreción de esas ilusiones de niños plebeyos. Rando, dependiente de panadería y aspirante a letrista, cifraba en este oficio sus expectativas de un modesto ascenso social y bienestar material, como se revelaba en su respuesta al reportero sobre sus ambiciones: «llegar a ser un buen letrista y ganar lo suficiente para poder vivir tranquilamente. Ah!... y para poder ayudar un poco a mi familia también». <sup>107</sup> Apuntando más alto, Morán, ayudante de mozo e interesado en devenir titular en el oficio, fue categórico con sus «mayores aspiraciones»: «Quiero, señor, llegar a ser hombre rico y útil». <sup>108</sup>

#### **4. A modo de cierre**

Este trabajo se acercó al niño trabajador en tanto sujeto social en la ciudad de Córdoba en el decenio de 1920. A diferencia de lo sucedido con la mayor parte de la historiografía argentina sobre el trabajo infantil —salvo escasas y valiosas excepciones—, más que sobre este como realidad socioeconómica o sobre las políticas respectivas, aquí la mirada se focalizó en el niño que trabajaba y sus experiencias que trascendían lo laboral, aun cuando esto las condicionara. Atendiendo a otros contextos dentro de los cuales desenvolvía su existencia, se intenta contribuir a la elaboración de una imagen más amplia y plural, menos parcial, de sus vidas y experiencias en tanto infantes, que entre otras cosas trabajaban. Esto permite una aproximación a la variedad de experiencias de los individuos en los diferentes dominios de la vida social, eludiendo el peligro de un reduccionismo economicista.

Quizás la mayor originalidad de este artículo resida en su perspectiva analítica, situándose en una escala humana e individual y atenta a las voces de los protagonistas para desde ahí aportar a una historia social del trabajo que durante largo tiempo se concentró, con marcada preferencia, sobre los adultos varones que participaban en él, empañando la visión de la heterogeneidad, la pluralidad, la diversidad regional y las asimetrías que atravesaban al mundo laboral de las primeras décadas del siglo XX.

Los niños considerados se insertaron en el mundo laboral entre los 7-8 y los 11-12 años, a menudo mediante el ejercicio de oficios callejeros (lustrabotas, voceador de periódicos, mandadero, etc.). Es muy claro el carácter decisivo de su retribución para la manutención familiar cuando su madre era el sostén del hogar; en

---

<sup>106</sup> «El niño...», *EPN*, 6 de febrero de 1927: 6.

<sup>107</sup> «El niño...», *EPN*, 24 de abril de 1927: 3.

<sup>108</sup> «El niño...», *EPN*, 30 de enero de 1927: 2.

otros casos, ella suponía un complemento de los ingresos del jefe de familia. Acercarse a esta realidad, conocida —aunque no con suficiente detalle— por la historiografía argentina, desde la referencia individual y la experiencia subjetiva de los niños permitió rescatar su conciencia de la situación y su sentido de la responsabilidad respecto del sustento familiar, rol socialmente asignado en la época al varón adulto proveedor. Además, dentro de la diversidad de situaciones observadas se pudo reconocer que, aun dentro de las estrecheces económicas compartidas por esas familias, en algunos casos quedaba un dinerillo de libre disponibilidad para el niño, que lo destinaba al consumo —publicaciones infantiles, entradas al cine, etc.— o al ahorro, revelándose así una realidad poco o nada visibilizada por la historiografía respecto de esos sectores sociales.

Por otra parte, los casos examinados muestran que esos niños no solo trabajaban, sino que tenían experiencias más allá del mundo laboral, dedicando tiempo a la concurrencia al cine, la práctica del fútbol, la lectura de revistas y libros infantiles o, simplemente, a vagar por las calles, entre otras actividades. Esto permite matizar y enriquecer la representación historiográfica del niño trabajador en tanto sujeto explotado, real pero parcial por su carácter unidimensional. Parte del tiempo se destinaba a la asistencia a la escuela, materia en la cual se observan situaciones variadas. De los 12 niños, los dos con oficios callejeros —el vendedor de periódicos y el lustrabotas— eran los únicos que no sabían leer y escribir y quedaron fuera de la escolarización tempranamente. La universalización de la educación primaria, impulsada desde el Estado desde fines del siglo XIX, tenía límites y no comprendía a todo el conjunto infantil que pretendía alcanzar. Un factor significativo que incidió en ello fue la tensión experimentada por los niños plebeyos entre la asistencia a la escuela y la necesidad de trabajar. Sin embargo, como dejan en evidencia varios de los niños, su participación en el mercado laboral no siempre trajo aparejado, inexorablemente, el abandono de la escolaridad. Los infantes experimentaron tensiones entre el acceso a la educación y la necesidad de trabajar y sus experiencias desvelan que las gestionaron de algún modo en su cotidianidad, manteniendo con empeño su inserción en ambos ámbitos, aunque a menudo en desmedro de la escolarización, que se tornaba irregular o poco provechosa. Todos los casos aludidos muestran un nivel de escolarización que no se condecía con las normas estatales vigentes en la materia; no completaban el ciclo escolar establecido y había un desfase entre las edades de los niños y los grados que cursaban, en un contexto social en el cual estaba difundida la idea de que no era necesario realizar la trayectoria del nivel primario de manera integral.

En suma, en este trabajo creemos haber concretado un acercamiento a las vidas de los niños trabajadores urbanos de Córdoba en las primeras décadas del siglo XX, un modesto aporte a la reconstrucción de sus experiencias más allá del mundo laboral y considerándolos como *pequeños* actores de la historia que, desde su humilde lugar, también contribuyeron a la construcción y modulación de la sociedad de la época.

## 5. Bibliografía

### Fuentes primarias

Bermann, Gregorio. *Los menores desamparados y delincuentes en Córdoba. Estudio psico-patológico, médico-social, criminológico y médico-legal*, t. I. Córdoba: Talleres Gráficos de La Penitenciaría, 1933.

*Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la Ciudad de Córdoba, levantado en los días 31 de agosto y 1 de septiembre de 1906.* Córdoba: La Italia, 1910.

*El País de los Niños*, Córdoba, 1927.

### Fuentes secundarias

Allemandi, Cecilia. *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo, 2017.

Aversa, María Marta. «Un mundo de gente menuda». *El trabajo infantil tutelado, ciudad de Buenos Aires, 1870-1920*, (tesis doctoral), Universidad de Buenos Aires, 2015. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/3001>

Bontempo, M. Paula. «Los lectores y las lectoras de *Billiken* se asocian. El desarrollo de los Comités *Billiken*. Argentina, 1919-1925» *Trashumante* 8, 2016. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/trashumante/article/view/324059/20782549>

Borrás Llop, José María «Introducción», en Fortún, Elena, *Lo que cuentan los niños. Entrevistas a niños trabajadores (1930-1931)*. España: Renacimiento, 2019.

Ciafardo, Eduardo. *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: CEAL, 1992.

De Paz Trueba, Yolanda. «El trabajo infantil en el centro y sur de la provincia de Buenos Aires. Niñas y niños a fines del siglo diecinueve y principios del veinte», en *Revista Mundos do Trabalho*, vol. 6.12 2014. <https://periodicos.ufsc.br/index.php/mundosdotrabalho/article/view/1984-9222.2014v6n12p177/29735>

Fraga, María Jesús. «Prólogo», en Fortún, Elena, *Lo que cuentan...*

Freidenraij, Claudia. ««Niños jugando». Circulación de imágenes, condición social y fotografía en la Buenos Aires de principios del siglo XX», en Cosse, Isabella (comp.), *Familias e infancias en la historia contemporánea: jerarquías de clase, género y edad en Argentina*. Villa María: Eduvim, 2021.

- Lida, Miranda. «La iglesia católica y la infancia a comienzos del siglo XX. Catecismo, cine y golosinas» *Todo es Historia* 457, 2005.
- Mases, Enrique. «El trabajo infantil en la Argentina 1900-1945. Miradas contradictorias y políticas controversiales», en *Estudios Sociales*, núm. 45, 2013. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/4455/6772>
- Mases, Enrique. *El mundo de la niñez rural patagónica*. Buenos Aires: Prometeo, 2022.
- Moretti, Nicolás. «Estado, sociedad civil e Iglesia frente al problema de la minoridad en Córdoba. El caso de las escuelas de artes y oficios a inicios del siglo XX», en *Avances del Cesor*, 19. 27 2022. <https://ojs.rosario-conicet.gov.ar/index.php/AvancesCesor/article/view/1691/2481>
- Moretti, Nicolás. *Infancia y cuestión social: El proyecto salesiano en la modernidad liberal. Actores, prácticas y representaciones. Córdoba, 1905-1930*, (tesis doctoral), Universidad Nacional de Córdoba, 2020.
- Nari, Marcela. *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos, 2004.
- Osorio Vargas, Raúl Hernando. «La entre-vista encuentro como método del reportaje» *Paradoxos*, 4.2 2019. <https://seer.ufu.br/index.php/paradoxos/article/view/52192/27856>
- Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria. *Mercado laboral del menor (1900-1940)*. Buenos Aires: CEAL, 1991.
- Remedi, Fernando J. «El suave eco de la voz de los niños trabajadores en el interior de la Argentina. Experiencias infantiles en el mundo del trabajo urbano (Córdoba, segunda mitad de los años '20)» *Estudios del ISHiR*, 12. 32 2022. <http://portal.amelica.org/ameli/journal/422/4223173003/>
- Remedi, Fernando J. «Miradas sobre la mendicidad infantil en la ciudad de Córdoba en las primeras décadas del siglo XX» *Páginas* 11.27 2019. <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/368/480>
- Remedi, Fernando J. «Niñas y niños en el servicio doméstico: colocaciones, explotación y resistencias. Córdoba en las primeras décadas del siglo XX», en Cerdá, Juan Manuel; Perren, Joaquín y Remedi, Fernando J. (eds.), *Las formas de las desigualdades socio-territoriales en Argentina*. Rosario: Prohistoria, 2024.
- Reyna, Franco. «Jugar al fútbol en la Córdoba (Argentina) de entreguerras: la conformación de subjetividades e identidades en el deporte», en *Secuencia*, núm. 103, 2019. <https://secuencia.mora.edu.mx/Secuencia/article/view/1356/1855>

- Rustán, María E. y Carbonetti, Adrián. «Trabajo infantil en contextos urbanos de la Argentina. El caso de Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo XX» *Cuadernos de Historia, Serie Población* 2 2000.
- Scheinkman, Ludmila. *La fábrica de chocolate. Trabajo, género y edad en la industria del dulce, Buenos Aires 1900-1943*. Mar del Plata: EUDEM, 2021.
- Scheinkman, Ludmila. «De vueltas a un viejo debate: androcentrismo, desigualdad, brechas salariales y nivel de vida de la clase trabajadora porteña (Argentina, fines del siglo XIX-1944)», en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 16.23 2023. <https://estudiosmaritimossociales.org/remss/remss23/04.pdf>
- Stagno, Leandro. «Una cultura juvenil callejera. Sociabilidades y vida cotidiana de varones jóvenes en la ciudad de La Plata (1937-1942)», en Bontempo, Paula y Bisso, Andrés (eds.), *Infancias y juventudes en el siglo veinte: política, instituciones estatales y sociabilidades*. Buenos Aires: Teseo, 2019.
- Suriano, Juan «El trabajo infantil», en Torrado, Susana (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario*, t. II. Buenos Aires: Edhasa, 2007.
- Suriano, Juan. «El trabajo infantil en la historiografía y ciencias sociales argentinas», en *Cuadernos del IDES* 30 2015.
- Suriano, Juan. «Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos de siglo», en Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990.
- Tedesco, Juan Carlos y Cardini, Alejandra. «Educación y sociedad: proyectos educativos y perspectivas futuras» Torrado, Susana (comp.), *Población...*
- Tedesco, Juan Carlos. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1955)*. Buenos Aires: UNIPE, 2020.
- Zapiola, María Carolina, ««Un bello ejemplo»: literatura infantil y niños trabajadores en la Argentina peronista» *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos* 13.1 2022. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/refa/article/view/37557/38039>
- Zapiola, María Carolina. «Los límites de la obligatoriedad escolar en Buenos Aires, 1884-1915» *Cadernos de Pesquisa* 39.136 2009. <https://publicacoes.fcc.org.br/cp/article/view/275/286>